

1-1-2009

Ley 975 de 2005 de justicia y paz: una lectura desde el pensamiento de Hannah Arendt

Alexander Carreño Gómez
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Carreño Gómez, A. (2009). Ley 975 de 2005 de justicia y paz: una lectura desde el pensamiento de Hannah Arendt. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/46

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

**LEY 975 DE 2005 DE JUSTICIA Y PAZ: UNA LECTURA DESDE EL
PENSAMIENTO DE HANNAH ARENDT**

ALEXANDER CARREÑO GÓMEZ

CÓDIGO 30031210

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BOGOTÁ D.C
2009**

**LEY 975 DE 2005 DE JUSTICIA Y PAZ: UNA LECTURA DESDE EL
PENSAMIENTO DE HANNAH ARENDT**

**ALEXANDER CARREÑO GÓMEZ
TRABAJO DE GRADO**

**DIRECTOR: ENZO RAFAEL ARIZA DE ÁVILA
LIC. FILOSOFÍA Y LETRAS**

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BOGOTÁ D.C.
2009**

Nota de Aceptación:

Firma del Presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Bogotá D.C, Junio de 2009

DEDICATORIA

A mis Padres, mis Hermanos y a mi Esposa y mis Hijos

AGRADECIMIENTOS

A DIOS, por iluminar mi camino.

Doctor ENZO RAFAEL ARIZA DE ÁVILA, por su apoyo y orientación.

Señor Decano CARLOS HERNÁN MARÍN, por su colaboración y disposición.

A los grandes Amigos y Maestros de la FAMILIA KOLPING.

A mis compañeros de la BIBLIOTECA MARICHUELA.

Y a los infaltables colegas de la UNIVERSIDAD DE LA SALLE.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I	
HANNAH ARENDT	3
1. BREVE PRESENTACIÓN DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO – POLÍTICO DE HANNAH ARENDT	4
1.1 LA CONDICIÓN HUMANA Y EL PENSAMIENTO DE HANNAH ARENDT	8
1.1.1 La Labor	10
1.1.2 El Trabajo	12
1.1.3 La Acción	14
1.2 LA NOCIÓN DE MAL RADICAL O ABSOLUTO	18
1.3 DEL MAL RADICAL A LA BANALIDAD DEL MAL	24
1.4 EL PERDÓN	31
CAPÍTULO II	
LA JUSTICIA TRANSICIONAL EN COLOMBIA – LEY 975 DE 2005-	36
2. EL CONCEPTO DE JUSTICIA TRANSICIONAL	37
2.1 ANTECEDENTES DE LA JUSTICIA TRANSICIONAL	39
2.2 ACUERDOS DE PAZ A PARTIR DEL FRENTE NACIONAL	42
2.3 SITUACIÓN GENERAL EN COLOMBIA AL MOMENTO DE LA EXPEDICIÓN DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ	48
2.4 CONTEXTO POLÍTICO Y JURÍDICO DE LA LEY 975 DE 2005	51
2.5 CONTEXTO ECONÓMICO	53
2.6 CONTEXTO POLÍTICO-SOCIAL	56
2.6.1 El Paramilitarismo	56

2.6.2	El Narcotráfico	58
-------	-----------------	----

CAPÍTULO III

UNA LECTURA DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ Y DE LA VIOLENCIA

EN GENERAL COLOMBIANA DESDE HANNAH ARENDT		61
3.	PROBLEMAS DETECTADOS EN LA APLICACIÓN DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ	64
3.1	LA REALIDAD DEL PERDÓN Y SUS VERDADERAS IMPLICACIONES EN LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ COLOMBIANA	69
3.2	HANNAH ARENDT: UNA MEDIACIÓN POLÍTICA EN LO CONCERNIENTE AL PERDÓN DENTRO DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ	75
3.3	DEL MAL ABSOLUTO A LA BANALIDAD DEL MAL EN EL CONTEXTO COLOMBIANO	84
3.3.1	De los Orígenes del Totalitarismo a Eichmann en Jerusalén	90
4.	CONCLUSIONES	97
5.	BIBLIOGRAFÍA	101

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo monográfico tiene como objetivo principal analizar uno de los problemas más comunes de la historia colombiana, a saber, el problema del conflicto armado del país. En especial hace referencia a la Ley de Justicia y Paz, Ley 975 de 2005, con la cual el gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez pretende desmovilizar a los grupos armados (paramilitares, guerrillas), a través de una justicia transicional.

Esta ley en su presentación teórica pretende también que el proceso de aplicación de la ley ampare la verdad, la justicia y la reparación.

En la citada ley, el tema del perdón entre víctimas, victimarios y sociedad en general constituye uno de los puntos más característicos, el cual abordamos desde los postulados teóricos de Hannah Arendt.

En nuestra monografía, la filósofa alemana Hannah Arendt (1906 – 1975), sirve de apoyo teórico y político, al momento de evaluar la aplicación de la ley 975 de 2005, denominada Ley de Justicia y Paz, por ser ella una filósofa que analizó profundamente los temas del totalitarismo nazi y comunista – soviético y sus nefastas consecuencias para la humanidad. En su estudio, Hannah Arendt se refirió a los temas del mal radical (leáse delitos de lesa humanidad), su juzgamiento y lo relacionado con el perdón, el olvido y la verdad en el entendimiento de dicho mal.

El problema de la violencia en Colombia se ha convertido en uno de los temas más abordados durante los últimos años. Las constantes manifestaciones de los grupos al margen de la ley contra la población civil y militar en el territorio colombiano, son el punto de partida para la formulación y el establecimiento de políticas que permitan cambiar toda una historia de atrocidades y violaciones contra los Derechos Humanos. Como consecuencia de la situación colombiana y de la necesidad de hallar medidas que permitan acceder a la paz, se dio, como se

dijo antes, la implementación de la Ley 975 de 2005, que tiene como finalidad buscar la reconciliación entre los actores armados, la sociedad civil y el gobierno para, de esta manera y por medio de acuerdos basados en los parámetros de la justicia transicional, generar la superación de los actos de violencia en el país.

Sin embargo, y al tener en cuenta las constantes manifestaciones de actos de lesa humanidad que han emprendido los actores del conflicto -incluso perteneciendo a los programas de reinserción- se hace vigente la necesidad de verificar la pertinencia de la ley y sus componentes judiciales. Lo anterior teniendo en cuenta la exigencia nacional e internacional de no caer en la impunidad bajo los pretextos de un aparente episodio de paz.

Para cumplir satisfactoriamente con el cometido de este trabajo, se hace una lectura de la Ley de Justicia y Paz desde el pensamiento político de Hannah Arendt, repartido en tres partes fundamentales: En la primera parte, se analiza el pensamiento filosófico-político de la autora alemana, haciendo hincapié en sus concepciones del mal radical o absoluto y el de la banalidad del mal, como conceptos fundamentales establecidos a lo largo de su obra en medio del análisis que hace de los campos de concentración y las características de la condición humana.

En la segunda parte, se profundiza en la Justicia transicional y, específicamente, se hace referencia a la Ley de Justicia y Paz como condición indispensable para el proyecto de paz en el territorio nacional. Se establecen los conceptos de verdad, justicia y reparación, con el fin de avizorar la plausibilidad del perdón y el olvido como ejes fundamentales en el proyecto de reconciliación de los colombianos.

Finalmente y, como tercera parte del presente trabajo, se establecen las contradicciones encontradas en la aplicación de la Ley de Justicia y Paz, acompañadas de unas conclusiones finales.

CAPÍTULO I

HANNAH ARENDT

1. BREVE PRESENTACION DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO – POLITICO DE HANNAH ARENDT

Introducción

Hannah Arendt, al padecer la persecución hecha por los partidarios del Nacional-socialismo y el auge de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, tuvo que sobrellevar y experimentar las características de un apátrida en su propio desarrollo existencial. Sin embargo, y gracias a su estrecha relación con filósofos existencialistas como Heidegger y Jaspers, Arendt asocia las características de la existencia humana con los patrones propios de la vida política, en donde, tanto las acciones individuales como las sociales, generan y permiten el avance de la actividad pública y judicial. Así, la filósofa alemana asume la individualidad y la colectividad como elementos indispensables en el desarrollo de las sociedades. Contrario a lo que asumía su maestro Heidegger, quien le daba prioridad a la muerte como objetivo principal en el desarrollo del Dasein¹, Arendt asumirá el nacimiento como un hecho indispensable dentro de todo proceso existencial, puesto que es éste el que permite que se inicie de nuevo la historia, el que conlleva a la transformación del mundo.

Arendt decidió no dedicarse estrictamente a la filosofía, ya que para ella ésta correspondía a una acción meramente contemplativa alejada de las condiciones propias del ser humano; por esta razón, optó por dedicarse al pensamiento y análisis de la política a la que concebía como el único medio capaz de generar la interacción entre los individuos; la política asumida como el marco desde el cual se establece el reconocimiento del otro a través de la capacidad del diálogo. Arendt, asume temas que están intrínsecamente relacionados con el ser humano;

¹ Heidegger asume la muerte como el fenómeno individual más indispensable al que se ve sometida toda existencia. Para el filósofo alemán, sólo con la muerte se completa el proceso existencial del Dasein (ser ahí). Cuando el ser humano es consciente de su ser-para-la-muerte, es decir de su finitud, puede ser verdaderamente libre al promover una existencia auténtica que no huye del fenómeno natural de la muerte, sino que la asume como su verdadera realización. Vale la pena aclarar que Heidegger no asume el suicidio como realización del proyecto existencial, sino que lo asume como su interrupción. *Cfr.* HEIDEGGER, Martín. *El Ser y el Tiempo*.

la guerra, la paz, la libertad, los derechos humanos y la justicia, se formulan como ejes rectores dentro de los análisis político-filosóficos de la autora. Sin embargo, junto con los temas descritos anteriormente, establece el proceso del pensamiento – el pensar – como hilo conductor de toda investigación.

Como parte fundamental dentro del proceso histórico de la Segunda Guerra Mundial, Hannah Arendt se preocupó en un primer momento, y más específicamente en su obra *Los Orígenes del Totalitarismo*, por asimilar las condiciones de los campos de concentración y por definir las consecuencias que trae consigo un método de eliminación de la pluralidad y de exterminio a gran escala. Es, precisamente, en este aspecto donde Arendt emplea el denominativo de *mal radical o absoluto*, bajo el estandarte de los totalitarismos y las políticas absolutistas. Sin embargo, y justamente desde su obra *El Juicio a Eichmann*, Arendt propone un nuevo término que ya no se ocupa de la vida en los campos de concentración, bajo el punto de vista de las características y consecuencias de la vida dentro de los parámetros Nazis, sino que asume desde el concepto de *banalidad del mal*, las causas del mal causado por quienes hacen parte integral del partido o régimen nacional socialista; la preocupación se centra entonces en asimilar las razones que impulsan a los individuos a generar el mal. Es, puntualmente, en este aspecto de la banalidad del mal, desde donde pretendemos entender la categoría de perdón utilizada por nuestra pensadora alemana.

Su análisis crítico con respecto a las demás teorías de Filosofía política, se centra en la ausencia de la pluralidad que ellas mantienen. Los estudiosos dejaban de lado que la condición política y la condición humana, como tales, se desarrollan entre hombres, por tal razón dice Arendt, pensar en el ser humano como un ser alejado de los demás es ya un error de interpretación de las sociedades y sus lógicas intrínsecas. De tal manera, se debe entender toda acción pública y política como un encuentro entre individuos. Siendo fiel con la influencia heideggeriana en la formación intelectual de Arendt, toda acción política es tomada como una convergencia de los seres individuales que coexisten y que, mediante sus

acciones, afectan tanto al todo social como a cada una de sus partes. De ahí que la política deba encargarse de generar un espacio en donde los seres humanos – como individuos con características propias, es decir diferentes entre sí – puedan encontrarse mediante el discurso y la acción como seres libres en igualdad de condiciones. Sólo mediante la interacción que permite el espacio público, es decir, el espacio de la política, se pueden cambiar las condiciones de la historia, puesto que la convergencia se da entre hombres únicos e irrepetibles, hombres que nacen y que pueden cambiar la historia gestada por sus antecesores.

Es precisamente esa –la posibilidad de la convivencia entre individuos gracias a la política- la esperanza del cambio social que Hannah Arendt implementa desde el concepto de la natalidad. Mediante la novedad y la trascendencia de la tradición histórica, se puede instaurar la superación de los estigmas de una sociedad que se enaltece mediante ideologías escatológicas que irrumpen sin más en las sociedades, generando así una mezcla casi paradójica entre el avance de la humanidad y la eliminación de la misma vida, mediante la implementación de medidas arbitrarias que se contradicen con las condiciones del hombre y sus necesidades.

Para Arendt lo *público* no es algo dado de inmediato, sino que es el espacio instituido y, en particular, aquello que nos hace aparecer como actores en una escena pública, es decir, esa escena que nos permite vernos entre sí y actuar con otros, que es en lo que consiste propiamente nuestra naturaleza de seres políticos.

Para Aristóteles, lo público es, al mismo tiempo, el espacio y la condición de posibilidad de la política, tanto desde el punto de vista de su ejercicio como de la reflexión sobre ella. En este caso, la distinción entre lo público y lo privado pasa por la distinción entre libertad y necesidad. Mientras que la esfera privada es el espacio para la satisfacción de las necesidades, lo público es, para decirlo en los términos de Hannah Arendt, el lugar de la acción libre.

Arendt considera que la política “se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres” (Arendt, 1993: 45). Este hecho significa que los hombres se organizan y están juntos “los unos con los otros”. Esta reunión no es, para Arendt, el resultado espontáneo de un proceso natural ya predeterminado, como si hubiera en el hombre algo así como un instinto político que sería uno de los rasgos propios de esta manera de ser o, para decirlo en términos de la filosofía, de su esencia. Lo primero que hay que enfatizar con Arendt, es que no existe el hombre sino los hombres. Y es sólo extrayendo todas las consecuencias de este hecho, piensa Arendt, como es posible intentar responder la pregunta ¿qué es la política?

Como ya explicó Aristóteles, el ejercicio de la política implica un distanciamiento con respecto a las urgencias y necesidades más inmediatas – es decir, aquellas más directamente ligadas con los requerimientos de la vida, en lo que ésta tiene de orgánico, de natural – y, al mismo tiempo, demandaba salir de la casa, o sea, abandonar el ámbito donde, en razón de las relaciones verticales que allí se dan entre sus miembros, suele tener curso la violencia.

Estas dos exigencias son también para Arendt los requisitos básicos para poder hacer política, pero con una diferencia fundamental: la libertad no puede estar reservada a unos cuantos miembros de la sociedad.

El punto central para Hannah Arendt es el de que la verdadera dimensión de la libertad reside en que sólo es visible y efectiva mediante la acción, es decir, mediante la política. “La libertad como hecho demostrable y la política coinciden y se relacionan entre sí como las dos caras de una misma moneda”, escribe en su ensayo *¿Qué es la libertad?* (Arendt, 1996: 161).

Ahora bien el ejercicio de la libertad requiere el hacerse presente en un espacio público, espacio que debe asegurar, continuidad y durabilidad a la acción humana. Hannah Arendt dice que ese espacio sólo pudo ofrecerlo la *polis* como un espacio político, no porque sus miembros pertenezcan físicamente a ella, sino porque es la polis la que hace posible el encuentro y el mantenimiento de la pluralidad, permitiendo así que entre los diferentes, pero iguales, se dé un permanente

intercambio de sentidos. Esto quiere decir, en términos de Hannah Arendt, que gracias a lo que se designa como el *espacio público* es que una comunidad se piensa a sí misma, se fija sus metas, establece y pone a prueba sus verdades. De allí que para la autora alemana, democracia, pensamiento y espacio público conformen una unidad hecha por la política, al tiempo que define su característica básica.

Para una mejor interpretación de su pensamiento filosófico-político, profundizaremos a continuación, en algunas de las categorías arendtianas más relevantes y de mayor uso en nuestro trabajo, que nos permitan establecer nexos lógicos entre la autora y la actual situación política de nuestro país:

1.1 LA CONDICIÓN HUMANA Y EL PENSAMIENTO DE HANNAH ARENDT

Hannah Arendt, define en primera instancia la condición humana como esa facultad que tiene el mundo de las cosas para condicionar al hombre de acuerdo con la necesidad que él – y su proceso de desarrollo – exige. Así, todo lo hecho y dado por él mismo (por el hombre) se convierte en parte indispensable de su propia existencia. Siguiendo tal lógica, se hace efectiva la misma connotación adoptada por su maestro Heidegger con respecto al estado de inacabado del ser humano, puesto que es desde las condiciones que se le presentan al individuo desde donde asume su existencia, la modifica y la construye de nuevo. La condición humana es entonces esa realidad de la que el hombre no puede escapar, es decir, a la que está sometido a lo largo de su desarrollo.

Ahora bien, el ser humano desde la autora alemana no se desarrolla simplemente como individuo, sino que a su vez, debe coexistir, es decir, debe desarrollarse en medio de otros individuos que también manifiestan necesidades y tendencias específicas en medio de su desarrollo. Por eso para Hannah Arendt la pluralidad juega un papel decisivo en medio de la política.

La pluralidad humana, básica condición tanto de la acción como del discurso, tiene el doble carácter de igualdad y distinción. Si los hombres no fueran iguales, no podrían entenderse ni planear y prever para el futuro las necesidades de los que llegarán después. Si los hombres no fueran distintos, es decir, cada ser humano diferenciado de cualquier otro que exista, haya existido o existirá, no necesitaría el discurso ni la acción para entenderse (Arendt, 1993: 200).

Si bien dentro de la tierra se da la convergencia de los seres humanos, esto no implica que se trate de la unión de los hombres en igualdad de condiciones, puesto que sus características individuales varían significativamente. Así, cada hombre, dentro de la esfera pública, es decir, dentro del medio donde se encuentra con los otros, establece sus particularidades y diferencias. De allí que Arendt proponga –contrario a las posturas socráticas y aristotélicas- al filósofo como un ser inmerso en los asuntos humanos, es decir, como un fiel exponente de la Vita Activa, y no como un ser alejado e inmóvil, características propias de la vida contemplativa. El problema del filósofo era precisamente que divagaba sobre terreno incierto mientras descuidaba la realidad que tenía ante su propia existencia y desde la cual podría realmente filosofar como sujeto en medio de sujetos. Sólo al analizar la Vita Activa, se puede entender al hombre tanto como individuo como ser social, con la firme intención de pensar en lo que el ser humano hace desde las condiciones y necesidades que el mismo mundo sensible le presenta. Corresponde a la condición humana, dice Arendt, la pluralidad, “al hecho de que los hombres, no el hombre, vivan en la tierra y habiten el mundo. Mientras que todos los aspectos de la condición humana están de algún modo relacionados con la política, esta pluralidad es específicamente la condición - no solo la *conditio sine qua non*, sino la *conditio per quam*- de toda vida política”. (Arendt, 1993: 22).

Las condiciones de la existencia humana son para Arendt múltiples y variadas: la propia vida, natalidad y mortalidad, la tierra, las coordenadas históricas, etc. Somos seres condicionados ya que todas las cosas que entran en contacto

nuestro, se convierten de inmediato en una condición de nuestra propia existencia. “El mundo en el que la Vita Activa se consume, está formado de cosas producidas por las actividades humanas; pero las cosas que deben su existencia exclusivamente a los hombres, condicionan de manera constante a sus productores humanos”. (Arendt, 1993: 23).

La filósofa alemana aclara que la condición humana trae consigo tres actividades fundamentales, mediante las cuales se ve materializada en medio de su existencia histórica. Estas actividades son: la Labor, el Trabajo y la Acción, que se identifican como las actividades que conforman la vita activa², en oposición con el otro término utilizado por Hannah Arendt y que hace referencia a la vida contemplativa. Estas tres actividades “son fundamentales porque cada una corresponde a una de las condiciones básicas bajo las que se ha dado al hombre la vida en la tierra” (Arendt, 1993: 21). A continuación se abordará conceptualmente cada una de las actividades mencionadas en el párrafo anterior.

1.1.1 La Labor

Hannah Arendt, define la labor como “la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano, cuyo espontáneo crecimiento, metabolismo y decadencia final están ligados a las necesidades vitales producidas y alimentadas por la labor en el proceso de la vida” (Arendt, 1993: 21).

De acuerdo con tal definición, la labor es la vida misma pues está determinada por las características fisiológicas del ser humano; el ser humano mediante la labor, produce lo que consume, así:

La productividad del poder de la labor sólo produce objetos de manera incidental y fundamentalmente se interesa por los medios de su propia

² Entiéndase por **Vita activa**: la vida encaminada a la actividad (o inquietud) como medio efectivo de la realización y desarrollo humano como vita contraria a la **Vita contemplativa** en donde, gracias a las ideas cristianas, se proponía alcanzar la quietud alejando al hombre de la vida terrenal con las promesas de un deleite y goce en el más allá.

reproducción; puesto que su poder no se agota una vez asegurada su propia reproducción, puede usarse para la reproducción de más de un proceso de vida, si bien no “produce” más que vida. (Arendt, 1993: 103).

El “animal laborans”, al estar condicionado por la necesidad característica de la manutención de la vida, opta por dedicarse a estar vivo quedando así preso en el ciclo de su funcionamiento vital. Por lo tanto, la labor logra sólo satisfacer las carencias particulares del cuerpo y se aleja de la experiencia mundana, es decir, la labor no le permite al ser humano salirse del ciclo vital de la especie. “De todas las actividades humanas, sólo la labor, no la acción ni el trabajo, es interminable, y progresa de manera automática en consonancia con la propia vida y al margen de las decisiones y propósitos humanamente intencionados” (Arendt, 1993: 117)

La labor, al no agotar su poder, representa un ciclo entre el crecimiento (o nacimiento) y la descomposición (o muerte) sin que por esto deje una realidad permanente, sino cambiante; de ahí que la mundanidad de las cosas que el hombre produce esté determinada por la duración de las mismas dentro del mundo. La labor representa un trabajo para el hombre puesto que se trata de una ardua actividad a la que se debe enfrentar la raza humana como animal laborans³ que consume en beneficio de su propio desarrollo existencial. “la “necesidad de subsistir” domina tanto a la labor como al consumo. De tal manera, la labor se encarga de generar los bienes necesarios para el hombre y el consumo se encarga de hacerlos desaparecer” (Arendt, 1993: 112)

Sin embargo, el hombre se ha venido desarrollando en medio de una sociedad en donde se enaltece el consumir como eje rector de las relaciones y de las existencias convergentes. Así, la abundancia como la posibilidad de asegurar el mayor número de artículos se ha representado a sí misma como la panacea que

³ El término de *animal laborans* fue utilizado por primera vez por Karl Marx en medio de su obsesión por eliminar las clases sociales entre individuos y establecerlo como una fuerza laboral. A su vez, esta definición del hombre como animal laborans, estaba en oposición con la tradicional definición del hombre como *animal rational*.

denota efectivamente el ideal de toda existencia, de una vida buena y el beneficio obtenido por todos los laborantes que obran bajo la actividad del laborar para obtener lo necesario en medio del desarrollo de su vida.

La lógica de los laborantes se desencadena en el dogma que presupone un buen desarrollo de las condiciones humanas bajo los preceptos del deber: “Debemos consumir, devorar, por decirlo así, nuestras casas, muebles y coches, como si fueran las “buenas cosas” de la naturaleza que se estropean inútilmente si no se llevan con la máxima rapidez al interminable ciclo del metabolismo del hombre con la naturaleza” (Arendt, 1993: 135). Se cambia la necesidad por la abundancia, por la satisfacción casi irracional de los apetitos humanos en su plena expresión, sin someterse sencillamente a las necesidades primarias y básicas del hombre. Se derrocha, se gasta, los productos son efímeros; ya no se consume, sino se usa (Cfr. Arendt, 1993: 141ss). El hombre se libera, intenta liberarse, del dolor causado por la labor mediante el falso estereotipo de la felicidad entendida como la abundancia de bienes materiales y bajo la idea de facilitar la vida. Sin embargo, la verdadera razón por la cual intenta la sociedad de masas eliminar el dolor de la vida del ser humano está enraizada en olvidar la pequeñez de los beneficios o comodidades que se pueden adquirir para usar y no simplemente para vivir. Arendt así lo menciona al final de su capítulo sobre la labor: “El peligro radica en que tal sociedad, deslumbrada por la abundancia de su creciente fertilidad y atrapada en el suave funcionamiento de un proceso interminable, no sea capaz de reconocer su propia futilidad” (Arendt, 1993: 142). Dicho en otros términos, el ser humano deslumbrado por su desarrollo olvida su condición de ser, olvida su contingencia.

1.1.2 El Trabajo

Si bien dentro de la actividad del laborar se establecía al “animal laborans” como sujeto supeditado a las necesidades en aras de mantener su vida, en el trabajo se enaltece la figura del “homo faber” como el ser que “produce una variedad de

cosas que conforman el artificio humano. Este artificio es justamente el mundo, un espacio no-natural que crea una distancia entre el ser humano y la naturaleza” (Paredes, 2007: 177) puesto que “el homo faber, creador del artificio humano, siempre ha sido un destructor de la naturaleza (...) se comporta como señor y amo de toda la tierra” (Arendt, 1993: 160).

Arendt establece el término reificación para explicar que el mundo fabricado por el homo faber, representa una creación objetiva, duradera y estable que perdura y subsiste a las existencias individuales. La creación que se gesta gracias al trabajo, está determinada por la utilidad, por representar un uso para el ser humano; de ahí que posea un fin específico, es decir, que enaltezca un objetivo teleológico, que será alcanzado gracias a la implementación de una serie de medios que se encaminen hacia su realización.

Así, el trabajador no se identifica como individuo dentro de la esfera pública, sino que se concibe como el productor, es decir, como un hombre involucrado en el principio social del intercambio. “El homo faber se encuentra limitado por su inherente instrumentalidad y, por tal razón, la esfera pública originada por el trabajo está constituida únicamente por sus productos y su intercambio” (Paredes, 2007: 178) De tal manera, y contrario a las características de la labor, la esfera de lo público no se da como la unión de los individuos con sus particularidades específicas, sino que se asume como el lugar de encuentro entre iguales, es decir, entre individuos que tienen algo en común: intercambiar los productos que ellos (y sus iguales) fabrican en su propio aislamiento al ejercer violencia contra la naturaleza como medio para cumplir su objetivo, su fin:

Sólo en la medida en que la fabricación produce principalmente objetos de uso, el producto acabado se convierte de nuevo en medio, y sólo en la medida en que el proceso de la vida se apodera de las cosas y las usa para sus propósitos, la productiva y limitada instrumentalidad de la fabricación se transforma en la limitada instrumentalización de todo lo que existe (Arendt, 1993: 176)

De acuerdo con la lógica del trabajo, y del homo faber como el individuo que se desenvuelve dentro de la sociedad del intercambio, todo aquello que se produce no corresponde al mejoramiento de la vida como entidad biológica, sino que se fabrica bajo las premisas del uso; se fabrica para poder sobrevivir económicamente. La relación se da bajo la perspectiva del intercambio de productos puesto que, aunque la fabricación de los mismos sí requiere del aislamiento del fabricante, prontamente éste debe enfrentarse al público cuando ha terminado su producto, es decir, cuando ha logrado engranar desde su soledad y privacidad – pues sólo desde el aislamiento se puede trabajar –, los medios para cumplir con su fin, es decir, con el producto terminado. Sin embargo, con cada producto o artículo terminado, el trabajador no termina su misión; a su vez el producto terminado se convierte prontamente y por la efímera permanencia del mercado, en medio que se encamina a alcanzar otro fin. Se trata entonces de una realidad dialéctica mediante la cual se generan nuevos procesos de fabricación, más aún en medio de la sociedad moderna y capitalista en donde nada permanece y en donde la novedad se establece como la píldora del éxito y la ganancia.

Dentro de la actividad laboral, se omite al hombre como un fin en sí mismo, haciéndolo parte del gran engranaje del capital y las relaciones de oferta y demanda. El hombre se asimila como una parte y no como un todo; ya no se sigue el ideal de Protágoras en donde afirmaba que *el hombre es la medida de todas las cosas*, sino que se asume como un ser condicionado que ya no busca su libertad en medio de la esfera pública, sino que debe ser consecuente con la lógica del mercado como la única posibilidad que tiene para existir dentro del todo, es decir, dentro de la esfera pública.

1.1.3 La Acción

La pluralidad como concepto importante manejado por Arendt, se ve comprometida dentro de la esfera de la labor y del trabajo. Sin embargo, en el

campo de la acción, el concepto de pluralidad se enaltece justamente porque los individuos mediante ésta – la acción – dejan de ser invisibles para los demás o de hacer parte de un gran todo, para proclamarse como seres “únicos e irrepetibles” (Paredes, 2007: 179)

El campo de la acción está representado desde la concepción arendtiana por la política, entendiéndola como la actividad que pone en contacto a los hombres ya no entendidos como seres meramente distintos, o como simples objetos, sino concebidos como hombres, es decir, como sujetos. La manera efectiva para establecer el vínculo entre los seres humanos, como sujetos, es el lenguaje. Así, Arendt establece el discurso (lenguaje) y la acción (actuar) como conceptos y realidades que se oponen a la labor y al trabajo.

Acción, etimológicamente hablando, viene del griego *archein* y del latín *agere*, “significa comenzar a poner algo en movimiento” (Paredes, 2007: 179). La acción entonces organiza la vida en común de los seres humanos que se encuentran dentro de la esfera pública. Arendt relaciona tal proceso de la acción con la condición de la natalidad, puesto que para ella el nacimiento representa un nuevo inicio, el inicio de algo novedoso y sorprendente. Se debe tener en cuenta que nunca se genera discontinuidad en cuanto a la existencia humana puesto que ésta no finaliza; a esta continuidad se le conoce como historia y, aunque bien es cierto que la historia pasada no se puede modificar, la historia que está por construirse sí puede modificarse. Tal modificación sólo es posible desde la concepción de la natalidad, pues es, precisamente, tal condición humana como categoría central del pensamiento político, la que permite que se modifique la historia gestada por el hombre y que se modifique también gracias a él mismo:

Si la acción como comienzo corresponde al hecho de nacer, si es la realización de la condición humana de la natalidad, entonces el discurso corresponde al hecho de la distinción y es la realización de la condición humana de la pluralidad, es decir, de vivir como ser distinto y único entre iguales (Arendt, 1993: 202)

Sin embargo, dentro de la esfera pública se enaltecen dos figuras antagónicas; son hombres que simplemente están *con otros* sin revelarse como sujetos con características específicas, o bien porque son hombres que hacen cosas buenas y que permanecen ocultos de los demás para no revelar su identidad, o bien porque son delincuentes que deben permanecer escondiéndose de los demás para no ser descubiertos y juzgados. Se trata de hombres solitarios que no pueden ejercer relación con los otros individuos, es decir, que no tienen un status político porque no actúan y no hacen uso del discurso para estar con los otros⁴.

El discurso y la acción deben ir siempre de la mano para que no se conviertan en simple palabra vana y actividad productiva. “La mayor parte de la acción y del discurso atañe a este intermediario, que varía según cada grupo de personas, de modo que la mayoría de las palabras y actos *se refieren* a alguna objetiva realidad mundana, además de ser una revelación del agente que actúa y habla.” (Arendt, 1993: 206), es decir, al sujeto. Cuando un individuo dentro de la esfera pública se revela como un quién, es decir, hace uso de la palabra, del lenguaje o del discurso, y cuando a su vez establece algo novedoso mediante la acción, empieza su propia historia y la de quienes se ven afectados por ese nuevo inicio. Justamente, es en este nuevo inicio donde Arendt intenta sembrar la semilla del cambio para evitar que la humanidad caiga y siga por el camino de la barbarie que ha venido gestando a lo largo de la historia pasada. Sólo mediante una efectiva compenetración entre el discurso y la acción, se pueden forjar los cambios sociales que sean necesarios para lograr la sana convivencia y la paz dentro de todas las sociedades.

Una de las características principales de la acción – y por la cual puede emprender cambios como el descrito en el párrafo anterior – es la de no ser una actividad que permite el aislamiento, sino que requiere de los demás, es decir, de la esfera pública, contrario a lo que ocurre con la fabricación. Sin embargo, para

⁴ Cfr. ARENDT, Hannah (1993). La condición Humana. Buenos Aires, Paidós. Pág. 204 ss

lograr el objetivo de generar un nuevo panorama dentro de la historia, la acción debe ser emprendida por un individuo pero no para quedarse exclusivamente en él, es decir, que para cumplir cabalmente con el fin propuesto, los demás seres que coexisten en medio de la sociedad deben estar dispuestos a emprender un nuevo proceso. Esto se debe a que “(...) la acción (...) actúa en un medio donde toda reacción se convierte en una reacción en cadena y donde todo proceso es causa de nuevos procesos” (Arendt, 1993: 213)

Así, en Hannah Arendt, se intenta establecer de nuevo lo político bajo las ideas de la acción y el discurso, estableciendo como eje rector de las relaciones humanas el pensamiento, en aras de crear un verdadero espacio común para la convergencia de los hombres, de la verdadera pluralidad humana:

Sin la acción para hacer entrar en el juego del mundo el nuevo comienzo de que es capaz todo hombre por el hecho de nacer, “no hay nada nuevo bajo el sol”; sin el discurso para materializar y conmemorar, aunque sea de manera tentativa, lo “nuevo” que aparece y resplandece, “no hay memoria”; sin la permanencia del artificio humano⁵, no puede haber “memoria de lo que sucederá en los que serán después (Arendt, 1993: 227)

Sin embargo, en el campo de la pluralidad, es decir, de la convergencia de los individuos, se presentan una serie de inconvenientes que requieren la intervención de un elemento adicional, bien sea un monarca, un rey, etc., quien será el encargado de dar solución a los inconvenientes que se presenten, estableciendo así la lógica de quienes gobiernan –o gobernantes- y a quienes se gobierna –o gobernados-. De esta manera, se pierde en gran medida la libertad humana como principio propio de los hombres, pero se establece el orden dentro de la esfera pública. Así, la única manera de superar los inconvenientes entre quienes se relacionan en la esfera de la política es mediante la acción, es decir, no es posible

⁵ Entiéndase por *artificio humano*: El artificio humano del mundo separa la existencia humana de toda circunstancia meramente animal, pero la propia vida queda al margen de este mundo artificial y, a través de ella, el hombre se emparenta con los restantes organismos vivos. Cfr. ARENDT, Hannah. (1993) La condición humana. Buenos Aires. Paidós.

reversar los hechos que se cometieron en contra de alguien, por lo que es indispensable asumir la capacidad de perdonar como agente estratégico que dará solución al proceso iniciado por la acción – mala o no apta – de un individuo contra otro(s). Es, justamente, el tema del perdón, sus implicaciones y características en la esfera pública del que nos ocuparemos más adelante.

En síntesis, la *vita activa*, esa dimensión esencial del espacio mundano, es para Arendt, el espacio donde el hombre labora, trabaja, actúa y crea. La temporalidad de estas dimensiones, dice Hannah Arendt, tiene lugar bajo criterios especiales. El ciclo biológico de la naturaleza del *animal laborans*, el mundo de artefactos durables y permanente del *homo faber* y, finalmente, la praxis impredecible de la esfera de la acción, son todas actividades cuyas dimensiones temporales – sea en el ámbito de la necesidad o el de la libertad – son medidas bajo el signo de la espacialidad pública.

De hecho, *La Condición Humana* busca enaltecer filosóficamente el estatus de las actividades que ejercemos en el mundo, en particular el de la acción y el del espacio público. La pluralidad de los hombres, defendida por Hannah Arendt, es visible a lo largo de su obra. Para ella, los hombres no son meros espectadores del mundo. El mundo plural es el espacio de la génesis humana, engendrada en su particular condición de ser. Hannah Arendt ha develado la estructura de la acción humana como interacción. La humanidad y la sociabilidad, como atributos que pertenecen a los hombres, abarcan el lugar propio de nuestra génesis, de nuestra condición humana intersubjetiva. La interacción es, para Arendt, la base estructural de la acción.

1.2 LA NOCIÓN DEL MAL RADICAL O ABSOLUTO

Hannah Arendt, como pensadora y protagonista de los grandes e importantes acontecimientos históricos del siglo XX, deja entrever una de sus preocupaciones constantes, la necesidad de estudiar el mal y su naturaleza.

La necesidad de ahondar en el concepto del mal, surge precisamente gracias al contexto en el que se desarrolla la vida personal y filosófica de Arendt. Una de las características más determinantes en el siglo XX, en lo que respecta a la organización política, deja entrever la preeminencia de gobiernos totalitarios como fundamento de la época. Los totalitarismos tienen como función dentro de toda política social, promover las estrategias necesarias para lograr la dominación de los individuos que convergen en determinado territorio o que hacen parte de determinada condición social. Desde Arendt, “la radicalidad del mal se encuentra así en estrecha vinculación con la dominación total” (Di Pego, 2007: 91)

Si se tienen en cuenta las medidas adoptadas durante el período comprendido entre 1939 y 1945, justo cuando dos de los máximos representantes del totalitarismo (Hitler y Musolinni) se encuentran en la cúspide del poder, vemos que se hace patente un preciso concepto y una realidad indolente, conocidos dentro de la historia de la humanidad como los campos de concentración y el exterminio fascistas. Es, precisamente, éste, otro de los acontecimientos que llevan a Arendt a centrar sus investigaciones en el concepto del mal, puesto que ella misma ha sido la espectadora del proyecto Nacional Socialista (Nazi) con toda su maquinaria de eliminación y destrucción, mediante la lógica y práctica de los campos de concentración.

Según Hannah Arendt, los campos de concentración “constituyen la institución central del poder totalitario en la medida en que son el modelo de la sociedad que estos regímenes pretenden construir: una sociedad que, tras haber reducido a los hombres a la condición de seres que reaccionan ante estímulos, queda sujeta a la dominación total” (Di Pego, 2007: 90) El proyecto xenofóbico del régimen totalitario convierte a los individuos en simples objetos de los cuales se puede disponer, aislando así mismo la posibilidad de defensa o reclamo que desde ellos se pueda generar. No hay oportunidad para la diferencia, no hay posibilidad de reacción ante el atropello y las atrocidades cometidas contra algunos. Sólo hay una palabra, la palabra del régimen que elimina la individualidad.

Arendt, en un primer momento, afirma que los campos de concentración conciernen, junto con su invasivo despliegue de terror, a la realidad del mal radical. Los campos de concentración lograron terminar con la espontaneidad humana y erradicar la humanidad del individuo. De allí se entiende que el concepto de mal radical se relacione directamente con todo asesinato en masa, genocidios, tortura, temor, etc., instaurados por los gobiernos totalitarios para la consecución de sus objetivos políticos. Sin embargo, tal aniquilación no simplemente se da desde la aniquilación física, sino que se asume como la eliminación de la condición humana ética y moral. De esta manera, Arendt establece un carácter absoluto al mal radical, en tanto éste equivale a un mal que ya no puede ser deducido por motivos humanos plenamente comprensibles. El mal radical o absoluto, se identifica entonces como la medida adoptada por los gobiernos con ideologías totalitarias que, mediante sus variadas acciones, pretenden –y logran- eliminar los Derechos Humanos de los individuos, en aras de promover desde allí, la definitiva dominación de los mismos:

Los campos son concebidos no sólo para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos, sino también para servir a los fantásticos experimentos de eliminar, bajo condiciones científicamente controladas, a la misma espontaneidad como expresión del comportamiento humano y de transformar a la personalidad humana a una simple cosa, algo que ni siquiera son los animales; porque el perro de Pavlov, que, como sabemos, había sido preparado para comer no cuando tuviera hambre, sino cuando sonara una campana, era un animal pervertido. (Arendt, 1999: 533)

Así, Hannah Arendt, advierte que el mal radical impide que la espontaneidad, relacionada directamente con esa idea de la natalidad, sea parte del individuo. El ser humano no puede emprender nada nuevo, sencillamente es preso, es marioneta, no es alguien, sino algo que es manejado y conducido por un camino que también le ha sido asignado: el camino de su eliminación total. No hay espontaneidad ni capacidad de reacción porque han sido asimilados como una masa informe y se han denotado como simples seres que reaccionan porque así

se desea, sin que esta reacción esté relacionada con un ideal de su propia voluntad ya que ésta también ha sido eliminada. Esta es la idea de todo dominio totalitarista puesto que “los que aspiran a la dominación total deben liquidar toda espontaneidad, tal como la simple existencia de la individualidad siempre engendrada y perseguirla hasta en sus formas más particulares, sin importarles cuan apolíticas e inocuas puedan parecer”(Arendt, 1999: 553).

Según Arendt, se requiere simplemente de tres pasos determinantes que conlleven a la eliminación total del individuo preso en los campos de concentración. El primero de ellos, consiste en aislar al individuo del carácter legal de su propia condición humana. Se asume tal necesidad aislando la lógica de los campos de concentración de la justicia normal e instaurando medidas no predecibles por quien, al parecer y desde la lógica totalitaria, es culpable:

El primer paso esencial en el camino hacia la dominación total es matar en el hombre a la persona jurídica, ello se logra, por un lado, colocando a ciertas categorías de personas fuera de la protección de la ley y obligando al mismo tiempo al mundo no totalitario, a través del instrumento de desnacionalización, al reconocimiento de la ilegalidad; ello se logra, por otro lado, situando al campo de concentración fuera del sistema penal normal y seleccionando a sus internados fuera del procedimiento judicial normal en que a un delito definido corresponde una pena previsible. (Arendt, 1999: 543)

Como segunda medida es la aniquilación de la persona moral del individuo. No se permite la reacción voluntaria, no se asume al individuo como un ser coexistente sino como un ser insolidario. No hay posibilidad de cambiar la realidad dentro de los campos de concentración; nadie se manifiesta en contra de los salvajes procedimientos; nadie grita porque sencillamente no hay posibilidades de propagar una sola voz que no sea la de los partidarios del régimen totalitarista. Se deja seguir la lógica de la eliminación, no hay opciones sino las dadas desde siempre

por quienes dirigen bajo los estandartes de un mismo objetivo: la dominación. Arendt así lo comenta:

El siguiente paso decisivo en la preparación de los cadáveres vivos es el asesinato de la persona moral en el hombre. Ello se realiza, en general, haciendo imposible el martirio por primera vez en la Historia: “¿Cuántas personas creen aquí todavía que una protesta ha tenido nunca una importancia histórica? Este escepticismo es la auténtica obra maestra de las SS, su gran realización. Han corrompido toda solidaridad humana. Aquí la noche ha caído sobre el futuro. Cuando ya no quedan testigos, no puede haber testimonio. (Arendt: 1999: 548)

Como tercer y último paso, en medio de la lógica totalitaria dentro de los campos de concentración, se encuentra la aniquilación de cualquier posibilidad de espontaneidad. Aquí la espontaneidad está directamente relacionada con la lógica de la natalidad explicada por Hannah Arendt en su obra *La Condición Humana*, en donde se enaltece el nacimiento como la única posibilidad de cambiar las condiciones y la realidad de los individuos. Sin embargo, dentro de la vivencia y realidad de los campos de concentración, se infiere la ausencia de la espontaneidad como la imposibilidad de que los individuos en estos sitios puedan emprender acciones imprevistas. Sin la espontaneidad el hombre no puede ingeniar acciones nuevas para cambiar su estilo de vida. No hay hombres de derechos, simplemente se instauro la lógica de los hombres que obedecen y acatan órdenes.

Queda de esta manera el hombre en medio del nihilismo total, es precisamente eso, es nada. Se trata entonces de un mal que no se puede castigar ni perdonar porque sencillamente, no puede comprenderse ni entenderse desde motivos mal intencionados y de interés propio, es decir, el mal radical no es racionalizable:

Hasta ahora, la creencia totalitaria de que todo es posible parece haber demostrado sólo que todo puede ser destruido. Sin embargo, en su esfuerzo por demostrar que todo es posible, los regímenes totalitarios han

descubierto sin saberlo que hay crímenes que los hombres no pueden castigar ni perdonar. Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable que ya no puede ser comprendido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder y la cobardía (Arendt, 1999: 556)

El mal radical surge entonces gracias a un sistema en el que toda la existencia humana es insignificante; al hablar de existencia se aboga tanto por la de los partidarios del régimen totalitarista o ejecutores del proyecto absolutista, como de las víctimas que padecen los atropellos. La eliminación de todo tipo de principio ético y moral y, así mismo de las condiciones que hacen a los hombres individuos únicos y con capacidades específicas, conllevan a la falta de respeto por la dignidad humana y a la eliminación total de lo humano, es decir, se objetiviza lo que parecía ser exclusivamente subjetivo.

Después de los horrores nazis, un abismo se presenta ante los ojos de Hannah Arendt, un abismo que ha destruido los lazos interpretativos de la filosofía tradicional, por lo cual se ve obligada a plantear una nueva interpretación de este horror humano:

En los artículos y ensayos que más tarde dieron origen a *Los Orígenes del Totalitarismo*, Arendt muestra que se ha truncado la continuidad del pasado y obnubilado la visión del futuro, al tiempo que el presente se muestra como un espacio desgarrado, a raíz de la acción genocida convertida en *Holocausto*.

En *Los Orígenes del Totalitarismo*, cuya primera publicación data del año 1951, la autora se esfuerza por esclarecer el problema del mal producido por el nazismo, viéndolo en este momento como mal radical o absoluto. Este mal radical hace su aparición, dice Arendt, con los campos de concentración y exterminio nazi, desde donde el totalitarismo hitleriano lleva a cabo la aniquilación en masa de seres humanos, haciéndoles desaparecer toda huella de su existencia. El mal radical descrito por Arendt conduce a una dominación total que hace “superfluos” a los

hombres mismos, objetos de dominación, o sea, los hace inútiles, vacuos y despreciables.

Los campos de concentración sirvieron, dice Arendt, para el espantoso experimento de borrar cualquier vestigio de espontaneidad y pluralidad humanas. Buscaban transformar a los seres humanos en algo ya no humano, es decir, en seres “superfluos”. De esta manera, nuestra autora se acercó a comprender el mal de una manera nueva, como mal radical o absoluto, rompiendo con todos los modelos que conocemos.

1.3 DEL MAL RADICAL A LA BANALIDAD DEL MAL

La tesis de la “banalidad del mal” fue presentada por Arendt en su obra *Eichmann en Jerusalén*, publicada en 1963. Para nuestro análisis resulta ineludible interrogarse acerca de la relación entre lo que antes llamó mal radical y lo que ahora denomina “banalidad del mal”.

Hay discusión frente a si el mal radical y la banalidad del mal son dos entidades complementarias en el pensamiento de Hannah Arendt, o si realmente no lo son. La misma autora se encarga de aclarar el cambio en cuanto a la concepción del mal:

He cambiado de opinión y no hablo ya de ‘mal radical’ (...) Ahora, en efecto, opino que el mal no es nunca ‘radical’, que sólo es extremo, y que carece de toda profundidad y de cualquier dimensión demoníaca. Puede crecer desmesuradamente y reducir todo el mundo a escombros precisamente porque se extiende como un hongo por la superficie. Es un ‘desafío al pensamiento’, como dije, porque el pensamiento trata de alcanzar cierta profundidad, ir a las raíces y, en el momento mismo en que se ocupa del mal, se siente decepcionado porque no encuentra nada. Eso es la banalidad del mal (Arendt, 2005: 150)

El asunto de la interpretación de estas dos nociones del mal es complejo. Autores como Gershom Scholem señala la incompatibilidad entre estas dos concepciones arendtianas del mal: el mal como radical o absoluto y el mal como banalidad, como trivialidad. Este autor comenta que tras la calificación de banalidad del mal, ya no quedan huellas de aquel mal radical presente en “Los Orígenes del Totalitarismo”⁶. Otra interpretación reciente es la de Richard Bernstein, quien sostiene, en cambio, que estas concepciones del mal no son incompatibles⁷.

Nosotros vemos que las dos concepciones hay que ubicarlas en su contexto histórico, como forma de ver sus significados, continuidad y/o rupturas entre uno y otro. En efecto, la radicalidad del mal está articulada con la dominación total, la cual según Arendt requiere de los tres pasos previos y sucesivos que hemos mencionado antes: aniquilación de la persona jurídica, situándola por fuera del marco de la ley a través de la desnacionalización; aniquilación de la persona moral, a través de la corrupción de toda posible forma de solidaridad humana y de artificios para hacer equívoca cualquier decisión de la conciencia, implicando, incluso, a los reos concentrados en la maquinaria de asesinatos masivos. El tercer paso de totalitarismo Hitleriano era, según Hannah Arendt, la aniquilación de cualquier rastro de individualidad y dignidad humana:

Destruir la individualidad es destruir la espontaneidad, el poder del hombre para comenzar algo nuevo a partir de sus propios recursos (...) sólo quedan fantasmales marionetas de rostros humanos que se comportan todos como el perro de los experimentos de PAVLOV, que reaccionan todos con perfecta seguridad incluso cuando se dirigen hacia su propia muerte (...) la sociedad de los moribundos establecida en los campos es la única forma de

⁶ Cfr. Scholem Gershom (2005): “Eichmann en Jerusalén. Intercambio epistolar entre Gershom Scholem y Hannah Arendt. En: Arendt Hannah. Una revisión de la historia judía y otros ensayos. Paidós, Buenos Aires pp.137-143

⁷ Cfr. ver BERNSTEIN, RICHARD, 2004, “Arendt: El mal radical y la banalidad del mal”, en El mal radical. Una indagación filosófica, lilmod, editores, Buenos aires, pp. 285 – 314)

sociedad en la que es posible dominar enteramente al hombre. (Arendt, 1999: 553).

La noción de espontaneidad es vinculada por Arendt con la de natalidad, es decir, con la vida misma, porque con el nacimiento de cada persona se abren nuevos comienzos en el mundo. Por el hecho de estar vivos podemos tomar la iniciativa para hacer algo inesperado. El mal radical, como lo describe Hannah Arendt, socava las bases de estas condiciones básicas de la vida humana, liquidando la espontaneidad antes de la eliminación física de la persona, dividiendo, de este modo, el estar vivo y el ser capaz de comenzar algo nuevo. Sólo así es posible transformar a los seres humanos en seres superfluos.

En los campos de concentración no sólo se elimina a las víctimas, sino que previamente, anota Arendt, se procura la eliminación de la persona y de su carácter de ser humano. El mal radical, así visto, elimina la espontaneidad y la imprevisibilidad propia de los hombres, reduciéndolos a seres que reaccionan ante estímulos, siendo esto lo que los hace superfluos, a juicio de Hannah Arendt.

La noción arendtiana de mal radical se refiere, entonces, a la caracterización del mal que el nazismo llevó a cabo, particularmente en los campos de concentración y de exterminio, que constituyeron el modelo de dominación que tal régimen pretendía instaurar para la sociedad en general. Entonces, mientras el mal radical se refiere a las consecuencias del nazismo y caracteriza el tipo de mal que engendró, la noción de “banalidad” del mal, que Arendt plantea posteriormente en su informe sobre el juicio Eichmann, se refiere a las motivaciones que tuvieron aquellos que cometieron esos crímenes.

La teoría de la banalidad del mal sostiene, por eso, que “los actos fueron monstruosos, pero el agente – al menos el responsable que estaba siendo juzgado en aquel momento (Eichmann) – era totalmente corriente, común, ni demoníaco ni monstruoso. No presenta ningún signo de convicciones ideológicas sólidas ni de motivos específicamente malignos” (Arendt, 2002: 30).

La banalidad del mal está referida, entonces, a lo que Arendt veía en el propio Eichmann. El problema es saber si esta tesis pretende dar cuenta de las motivaciones de todos los directivos nazis, o si su validez se restringe sólo a Eichmann. Se puede llegar a pensar, incluso, que Hannah Arendt pone de manifiesto con su tesis una crítica a los males que de aquí en adelante habría de traer la modernidad.

En una carta a su amiga Mary McCarthy, Arendt dice:

 Mi noción fundamental de que Eichmann era un individuo común y corriente, no es tanto una noción como la descripción fidedigna de un fenómeno. Estoy segura de que se pueden sacar numerosas conclusiones de un fenómeno como éste, y la más general es la que yo he dado: La banalidad del mal. (Arendt, 1999b: 195)

En realidad existe una desigualdad en la forma de abordar el mal en “Los Orígenes del Totalitarismo” y en “Eichmann en Jerusalén”. En el primer libro Hannah Arendt hace un análisis de los aspectos propios del nazismo y del mal que este engendró. En el segundo libro, en cambio, hace un análisis particular del caso de Eichmann, a partir del cual busca explicar la cuestión más general de cuáles pudieron haber sido los motivos por los que tantas personas participaron en la comisión de delitos atroces, tipo holocausto, durante el régimen nazi.

Esta preocupación por averiguar las motivaciones de tantos asesinatos en masa, estuvo presente en la autora desde su ensayo “Culpa Alemana”, publicado en 1945, donde hace un intento por comprender los motivos reales que llevaron a tantas persona a participar en genocidios y demás males del nazismo. En este ensayo se centra en la figura de Himmler, organizador de asesinatos masivos y quien no era un perverso al estilo de Hitler o de Göring. Veamos como lo describe:

 Himmler es un burgués con todo el aspecto externo de la responsabilidad, todos los hábitos de un buen paterfamilias que no engaña a su mujer y que

se desvela por asegurar un futuro decente para sus hijos; y él ha construido conscientemente su novísima organización de terror, que abarca a todo el país, sobre la asunción de que la mayoría de las personas no son bohemios ni fanáticos, no son aventureros ni maníacos sexuales, ni sádicos, sino que son como, en primer lugar y ante todo, empleados y buenos padres de familia. (Arendt, 2005: 161)

La autora prosigue diciendo que hubiera resultado bastante difícil conectar los crímenes nazis con sólo fanáticos incorporados a la dinámica genocida. Se necesita de padres de familia, como Himmler, preocupados por la seguridad de sus hijos y el bienestar de la familia, en un momento en el que las condiciones de Alemania se encontraban en peligro por la convulsionada situación económica, lo cual los pondría en disposición de “hacer literalmente cualquier cosa una vez que (...) se viera amenazada la nuda existencia de su familia. La única condición que ponían era una completa exención de responsabilidad por todos sus actos” (Arendt, 2005: 162).

La conclusión que Hannah Arendt saca de todo esto, es que cuando el desempleo acecha se liquida el modo normal de funcionar de estos hombres al estilo Himmler que, con tal de asegurar la subsistencia y el bienestar de la familia, aceptan cometer los crímenes más horribles. De esta manera, para Arendt, la organización criminal nazi no descansó solo en fanáticos ni en asesinos natos, ni en sádicos, sino que descansó también en la normalidad de los empleados y cabezas de familia. Estos hombres, que no serían capaces de hacer mal a nadie, en otras condiciones, se involucran en una empresa asesina como la nazi, al seguir este tipo de motivaciones que nuestra autora describe con lujo de detalles. Esta situación es la que Hannah Arendt llama “banalidad” del mal, la cual viene esbozada en este ensayo sobre la culpa de 1945.

Así, pues, la expresión “banalidad” del mal aplica para esta situación donde los actos criminales más atroces, cometidos a gran escala, como el holocausto, no pueden imputarse solo a una particularidad de maldad patológica o convicción

ideológica de los agentes, sino que proviene de esta trivialidad o superficialidad de motivos que hacen mover a algunos hombres hacia la criminalidad más espantosa. No son necesarios, entonces, motivos malignos para hacer el mal radical, sería la conclusión arendtiana una vez presentada su tesis de la banalidad del mal.

Diremos que en Hannah Arendt conviven las dos hipótesis: la del mal radical y la de la banalidad del mal. En efecto, el mal radical sigue existiendo, sólo que para la expansión de su carácter monstruoso no requiere de fanáticos ni de perversos, sino la implicación de hombres normales en esa máquina asesina. Sin esta participación, piensa la autora, no se habría podido montar una organización asesina tan vasta y abarcadora. Esto no quiere decir que entre los nazis no hubiera habido ideólogos y fanáticos, pues en realidad los hubo, sólo que la autora desplaza la relevancia de su papel – no su responsabilidad – hacia la superficialidad de motivos de quienes les tocaba administrar las matanzas.

En resumen, la idea de la banalidad del mal surge en la filósofa al dar por sentado que los peores crímenes no requieren de un fundamento positivo en quién ejerce la acción, sino que pueden, así mismo, surgir de una falta de racionalización. Cuando Arendt se interroga por el fundamento de los crímenes, lo que realmente está tratando de hallar son las motivaciones que conllevan a los individuos a actuar de tal manera.

El sistema totalitario, durante el auge nazi, lograba eliminar la personalidad jurídica, la conciencia moral y la humanidad del individuo. Junto con tal destrucción, se anula también la posibilidad de distinguir entre el mal y el bien, puesto que se enaltece la lógica de “todo es posible”. De acuerdo con las manifestaciones catastróficas del mal, emprendidas desde y en los campos de concentración, Arendt establece que no hay motivos comprensibles que conlleven a la generación y promoción de tales acciones. Así, establece que la irreflexión es el fundamento del mal propiciado por los nazis en contra de los judíos; se trata de la incapacidad para pensar que manifiestan los hombres y que los lleva a

convertirse en asesinos, en asimilar el mal como una rutina sin convicción, es decir, se establece la superficialidad del mal. Esta caracterización del mal está basada en la funcionalidad nihilista y es justamente desde esta condición que se establece la manifestación de la barbarie. La banalidad del mal permite el paso incondicional de los instintos de la naturaleza humana puesto que, en los campos de concentración, ya no se era consecuente con la racionalidad lógica de los gobiernos totalitarios, sino con la producción irracional de la muerte a gran escala y sin fundamentos. La banalidad del mal, se erige entonces como la forma de perversidad que no es consecuente con la tradición y conceptualización cultural que se tiene con respecto a la maldad humana.

La banalidad de mal auspicia la idea del hombre del montón que actúa por instinto y no por convicción; los totalitarismos, así como eliminan la humanidad de sus víctimas, también logran eliminar la humanidad de sus súbditos al “adiestrarlos” con respecto a las necesidades de su proyecto:

En consecuencia, no cabe siquiera discutir que Eichmann hizo cuanto estuvo en su mano para que la solución final, fuera verdaderamente final o definitiva. Tan sólo cabe preguntarnos si ello fue así en virtud de su fanatismo, de su odio sin límite hacia los judíos, o si mintió ante la policía y juró en falso ante el tribunal de Jerusalén, cuando afirmó que siempre se había limitado a cumplir órdenes. (Arendt, 2005b: 214)

Tanto víctimas como súbditos, tienen totalmente denegada la posibilidad de decidir y actuar de acuerdo con sus propias convicciones. “El propósito de la educación totalitaria nunca ha sido infundir convicciones, sino destruir la capacidad para formar alguna” (Arendt, 1999: 567). Se trata entonces de una especie de marionetas que mediante las imposiciones de sus jefes, logran alejarse de su realidad e involucrarse directa e irracionalmente en el mundo de la ideología que les ha sido asignada y, donde de igual manera, les ha sido usurpada su capacidad de juzgar las condiciones u órdenes que les son dadas para su inmediato cumplimiento. Así, tanto quienes son sometidos como quienes los

someten, colaboran con el ideal de la política nazi, una política de asesinato masivo.

1.4 EL PERDÓN

Perdonar tiene varias acepciones si se trata de analizar literalmente tal término a la luz de la política. Podría fácilmente representar la renuncia a enjuiciar a (o los) responsables de determinado acto criminal. También puede concebirse como una medida efectiva para lograr la reconciliación entre las partes enfrentadas. Sin embargo, en lo que respecta al pensamiento arendtiano, las condiciones bajo las que se da el perdón, resultan paradójicas.

La acción es irreversible pues desde ella se asume la imposibilidad de cambiar lo que se ha hecho. La única manera mediante la cual es posible “deshacer” -aunque no bajo el sentido literal de la expresión,- es mediante el perdón. De la misma manera “el remedio de la imposibilidad de predecir la caótica inseguridad del futuro, se halla en la facultad de hacer y mantener las promesas” (Arendt, 1993: 256). De acuerdo con lo anterior, se logra modificar la acción, tanto en el evento pasado (su realización), mediante el perdón, como en la incierta dimensión futura (la no repetición de la acción), mediante la promesa.

Así, sin el perdón, sin poder ser liberados de las consecuencias de los actos que han realizado, los seres humanos no tendrían la posibilidad de retomar nuevamente la normalidad de su desarrollo, quedando así su posibilidad de actuar relegada a un error sin posible enmendadura. Sin embargo, si se instaura el perdón, pero no se mantiene la obligatoriedad de la promesa, el ser humano no mantendría su identidad y “estaríamos condenados a vagar desesperados, sin dirección fija, en la oscuridad de nuestro solitario corazón, atrapados en sus contradicciones y equívocos, oscuridad que sólo desaparece con la luz de la esfera pública” (Arendt, 1993: 257), puesto que es precisamente en la esfera pública, en medio del contacto con los demás, donde se confirma la identidad

entre el que promete y el que cumple. De acuerdo con lo anterior, el perdón y la promesa no son actividades que se puedan generar desde el aislamiento, sino que hacen parte de la acción, es decir, necesitan de la pluralidad, del encuentro con los otros, para que puedan adquirir significación real.

Arendt, entonces, reconoce el perdón como una manera de reconciliar a las partes enfrentadas mediante la acción emprendida por una de esas partes, asumiendo la enmendadura del error bajo la figura de la promesa como garantía que conlleva a la no repetición de las acciones que atentaron contra uno o varios individuos. Así, la concepción arendtiana del perdón en medio de la *Condición Humana* deja entrever una serie de disposiciones típicas de la moral cristiana en donde se enaltece el perdonar como un deber y no como una elección. De acuerdo con ello, si el hombre perdona a su otro –quien cometió un daño contra él- Dios mismo se encargará de perdonarle también. El perdón entonces desde la lógica cristiana, se asume como la posibilidad de exonerar de sus culpas a quien actuó sin saberlo, puesto que quiénes actúan bajo el pecado es “porque no saben lo que hacen” (Arendt, 1993: 259). Sólo así los hombres pueden seguir siendo libres.

El perdón presupone la eliminación de la venganza. No es una reacción o una cadena de consecuencias dadas entre las partes enfrentadas, sino que pone fin a esas consecuencias y permite el inicio de un nuevo proceso –de nuevo Arendt fomenta la importancia de la natalidad- en donde está directamente involucrado el hombre. Pero el perdón no sólo termina con el olvido de la venganza, sino que también deja de lado el castigo como una posible salida al proceso de enfrentamiento entre dos o más, gracias a las acciones cometidas. Aunque el castigo no desencadenaría una serie de consecuencias como sí lo haría la venganza, el castigo también intenta ponerle fin a algo que sin obstáculo alguno continuaría inagotablemente:

El perdón y la relación que establece siempre es un asunto eminente personal (aunque no es necesario que sea individual o privado), en el que lo hecho se perdona por amor a quien lo hizo. También esto lo reconoció

claramente Jesús ("le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien poco se le perdona, poco ama"), y éste es el motivo de la convicción corriente de que sólo el amor tiene poder para perdonar (Arendt, 1993: 261)

Sin embargo, el perdón entendido desde la concepción romántica de la moral cristiana, se ha considerado no realista e insostenible dentro de la esfera pública, puesto que la complejidad de los seres humanos no es equivalente al romanticismo mismo con el que se asume el perdón. Sin embargo, contrario a la lógica del perdón, la promesa se ha convertido en una constante dentro de la historia del pensamiento político. La acción, como ya se mencionó, no es predecible; tal característica sale de la misma imposibilidad de pronosticar cómo serán los hombres más adelante y de la imposibilidad de pronosticar las consecuencias de un acto en una comunidad de iguales en la que todo el mundo tiene la misma capacidad para actuar. Sólo mediante los acuerdos, los tratados y contratos que el hombre puede establecer entre sí mismo y sus otros bajo la mutua promesa, porque:

La inhabilidad del hombre para confiar en sí mismo o para tener fe completa en sí mismo (que es la misma cosa) es el precio que los seres humanos pagan por la libertad; y la imposibilidad de seguir siendo dueños únicos de lo que hacen, de conocer sus consecuencias y confiar en el futuro es el precio que les exige la pluralidad y la realidad, por el júbilo de habitar junto con otros un mundo cuya realidad está garantizada para cada uno por la presencia de todos. (Arendt, 1993: 263)

Sólo en la natalidad, como la intrínseca posibilidad de emprender un nuevo proceso, está la posibilidad de cambiar la ruina cotidiana y connatural de los asuntos humanos. A su vez, la natalidad sólo es posible dentro del campo de la

acción, es decir, en el campo de la pluralidad como lugar y espacio efectivo para la libertad del hombre. Así lo menciona directamente Hannah Arendt: “el nacimiento de nuevos hombres y un nuevo comienzo es la acción que son capaces de emprender los humanos por el hecho de haber nacido” (Arendt, 1993:266)

Para finalizar, vale la pena aclarar que Arendt, desde la condición humana enaltece el perdón y la promesa, posibles sólo en medio de la acción, como los medios efectivos que conllevan a superar los inconvenientes o consecuencias generadas por los actos de los seres humanos. Sin embargo, bajo el parámetro del juicio a Eichmann, el juicio y el castigo se enaltecen como las únicas consecuencias que generan los actos humanos que atentan contra uno o varios de los miembros de la vida pública, es decir, de la pluralidad.

Nos remitimos a un autor que padeció la persecución nazi y que trabajó también el tema del perdón. Hacemos referencia a Primo Levi. Este autor concibe el perdón de una manera similar a Arendt. Su relación con la autora en cuanto a la concepción del perdón, se encuentra en que Levi afirma que, si bien no siempre los crímenes pueden ser castigados, es decir, pueden quedar impunes, también lo es que nunca tales crímenes podrán ser olvidados. Levi optaba por la necesidad de castigar realmente a un individuo por las acciones que hubiese cometido, sin embargo, no pretendía con ello implementar la venganza como fundamento de la justicia. Teniendo en cuenta que se seguía el principio de los creyentes de “amar al prójimo”, Levi concebía que sólo podría amar a un individuo que le haya causado daño a él – o a sus semejantes como ocurrió en los campos de concentración – si en realidad éste se mostraba arrepentido por las acciones que había cometido. El arrepentimiento que Levi propone no es sencillamente un arrepentimiento verbal, sino que asume la necesidad de perdonar a quien realmente, y con hechos concretos, demuestre que ya no es el hombre que fue. En Levi, el perdón deja de asumirse sencillamente desde la lógica religiosa, para permitir que se asuma la acción del perdonar desde la propia esfera política. Para que ello sea posible, se requiere sanar las heridas propias del hecho o acción cometida y permitir, como lo menciona Arendt con la importancia que le da a la

natalidad, un nuevo comienzo en donde se piense en el bienestar que ese nuevo inicio traerá para la sociedad en general bajo la necesidad de recuperar tanto a la víctima como al victimario. Se trata entonces de un esfuerzo límite por parte de la conciencia moral de las víctimas el que permitirá la efectiva reconciliación.

Veamos un fragmento introductorio de Eduardo Madina en el libro *El Perdón, Virtud Política: En Torno A Primo Levi*:

El perdón es una categoría de origen religioso que tiene por objetivo liberar al ser humano de la culpa en que incurre cuando actúa inmoralmente. Pero esa categoría ha desbordado el marco religioso para presentarse como una virtud política. El perdón es una de esas categorías extremas que exigen un esfuerzo límite a la conciencia moral y que plantea enormes preguntas: ¿puede haber perdón sin arrepentimiento o sólo se puede perdonar lo imperdonable? ¿quién puede perdonar cuando hablamos de crimen político? ¿es posible un proceso de reconciliación sin perdón? (Madina, 2008)

Si se sigue la lógica descrita desde Levi y Arendt en el contexto colombiano, se hacen evidentes las falencias que serán enmarcadas en el desarrollo del presente trabajo, a raíz del enorme proceso de violencia que vive nuestro país.

Capítulo II

LA JUSTICIA TRANSICIONAL EN COLOMBIA

-LEY 975 DE 2005-

2. EL CONCEPTO DE JUSTICIA TRANSICIONAL

La justicia transicional representa un modelo jurídico que se aplica a naciones en proceso de transición con el fin de permitir, desde su aprobación y aplicación, o bien cambiar la historia de guerra dentro de un territorio determinado y recuperarlo, o bien, acabar con un régimen autoritario, es decir, recuperar democráticamente a una nación. Sin embargo, lo que es común dentro de la justicia transicional, es la necesidad de responder desde un espacio determinado, por los actos que atentan contra los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario.

La justicia transicional es el producto de tres tipos de situaciones políticas ideológicamente heterogéneas:

- a) La fractura de instituciones tradicionales de ordenamiento y regulación y la imagen de comunidades perdidas por tal desregulación y que es necesario revitalizar, fuerzan a buscar alternativas de forma transicional;
- b) La denuncia de efectos obstaculizadores del sistema penal ordinario, cuando existen en las naciones conflictos armados internos que impiden la aclimatación de la paz;
- c) La necesidad de exaltar los derechos del hombre y, por supuesto, los de las víctimas en el marco de conflictos armados generalizados. (Rojas, 2009)

Ha habido en el mundo ejemplos de justicia transicional implementada en los sistemas de justicia convencional: con poblaciones indígenas, encuentro entre víctimas y victimarios, régimen único de prisiones, encuentros entre víctimas, victimarios, instituciones y comunidad.

Toda justicia transicional que se inscriba en los parámetros de la restauración debe comprender: a las víctimas, a los victimarios y a la sociedad. Restaurar no sólo tiene la concepción económica de reparar o compensar los daños causados

por los victimarios, sino que tiene un sentido más profundo de carácter ético, pues comprende la restauración de los lazos entre víctimas y victimarios, entre la comunidad y victimarios, e incluso entre las víctimas y la comunidad.

La restauración, es cierto, comprende la reparación del daño, pero ello no es suficiente: también comprende el perdón, la reconciliación, la promesa del victimario de no reincidir y la reinserción a la sociedad de los criminales. Una justicia transicional no solamente repara, sino que reconstruye el tejido social y pacifica.

Mark Umberreit⁸ afirma que la justicia transicional no pretende ser blanda con los delincuentes sino, por el contrario, encontrar modos de restaurar a las víctimas. Para este director de paz de Minnesota, toda justicia transicional hace parte de las nuevas tendencias de la Criminología y de la Victimología, ya que reconoce que el crimen causa daños, no sólo a las personas, sino también a la comunidad. (Rojas, 2009)

La justicia transicional persigue unos fines, que podríamos resumir, así:

- Respetar la dignidad y la igualdad de cada persona,
- compartir los sentimientos y experiencias de los involucrados en el conflicto, como forma de promover la armonía en la sociedad,
- mirar sobre todo al futuro, pero sin olvidar el pasado,
- reparar integralmente el daño, para que haya una verdadera reconciliación de las víctimas con sus victimarios, con la sociedad y el estado,
- Vincular como parte integral del proceso a las personas y comunidades afectadas por el conflicto, apuntando a la responsabilidad del infractor, la reparación a la víctima y la promesa del victimario a no reincidir en crímenes, sobre la base del perdón otorgado por las víctimas y la sociedad en su conjunto,
- Hacer que los victimarios produzcan un reconocimiento público de la generación de los daños provocados por sus crímenes y hechos punibles,
- Reintegrar a los victimarios a la comunidad,

⁸ Director del Centro de Paz y Justicia Restaurativa de Minnesota EE.UU.

- Resolver democrática o colectivamente el delito y sus consecuencias entre la sociedad, las víctimas, el Estado y los victimarios,
- Beneficiar en algo a los victimarios, siempre y cuando cumplan con todas las exigencias del proceso transicional, sin detrimento de la justicia penal, aplicando los beneficios bajo el principio de que esta justicia alternativa es un instrumento para conseguir la paz,
- Fortalecer a la sociedad en la adopción consciente del nuevo instrumento transicional de justicia, para que sus miembros la asuman como un compromiso moral y político de beneficio para todos.

Toda justicia transicional debe garantizar el pleno ejercicio de los derechos humanos y el respeto a la dignidad de las personas, en el marco de una expresión participativa bajo la observación del Estado Democrático de Derecho. La justicia transicional es, pues, un mecanismo alternativo para la solución de controversias al margen de los sistemas tradicionales de justicia operados por los estados.

2.1 ANTECEDENTES DE LA JUSTICIA TRANSICIONAL EN COLOMBIA

Los graves problemas de violencia y seguridad que ha venido sufriendo Colombia durante el último siglo, conllevan a buscar, desde diversos enfoques, salidas efectivas en pro de la superación de los conflictos internos que se presentan a diario en el territorio nacional. Sin embargo, al tratar de buscar estrategias que permitan la superación de los actos violentos en el país, se deben ceder algunos espacios y estipulaciones que, en situaciones normales y ordinarias, no serían modificadas. Es precisamente esa la principal característica de la justicia transicional; bajo los parámetros de esta justicia, el problema fundamental en lo concerniente a la superación de los actos de lesa humanidad y la reconciliación nacional, están enmarcados en la necesidad de equilibrar los conceptos de justicia

y paz, es decir, tratar de encontrar salidas negociadas a conflictos armados gestados dentro de la historia de la nación.

Es así como la justicia transicional se instaura en Colombia bajo la pretensión de eliminar una larga historia de procesos violentos enmarcados, muchas veces, bajo parámetros terroristas y medidas impensables en el arte de la guerra. La ley 975 de 2005 es la representación más fiel del proceso de transición en un país en donde se aprueba una alternativa judicial urgido por la necesidad de terminar con un largo período de guerra y violencia, marcada de manera tajante por los grupos al margen de la ley, e instaurar, de manera determinante, la paz y la reconciliación entre los actores armados, el Estado, las víctimas y la sociedad en su conjunto. Es precisamente ese el objetivo de la Ley de Justicia y Paz como representación de la justicia transicional en Colombia: lograr transformaciones penales mediante una modificación de la justicia ordinaria, la apuesta por la reinserción en la vida civil de los actores del conflicto y, las facilidades que para tal fin establece el Estado bajo la necesidad de satisfacer tanto a las víctimas como a los victimarios de la guerra. Dicha finalidad se instaura bajo una meta común: la paz.

La búsqueda de Justicia y paz es una fuerte aspiración de la población colombiana desde hace muchos años. La justicia y la paz son derechos inalienables y están estrechamente ligados entre sí, por ser imprescindibles para el logro de una convivencia digna y de una democracia auténtica, que en Colombia constituyen materia de desconocimiento y violación permanentes.

La historia de los acuerdos de paz realizados en Colombia por distintos gobiernos, corresponde indudablemente a la historia de los largos y variados fenómenos de violencia acaecidos en el país. Desde cuando Colombia proclamó su independencia en 1819, su historia ha sido marcada por la violencia. En términos generales, desde 1850 hasta ahora, nuestro país ha sufrido varias olas de conflictos violentos. Una de ellas se dio en la segunda mitad del siglo XIX, con

siete guerras civiles aproximadamente. Recordemos que la última de estas guerras fratricidas fue la de los *Mil Días* (1899 – 1902), muy cruenta y costosa por cierto. Un segundo momento de enfrentamientos fue el vivido por el pueblo colombiano entre 1946 y 1960, período conocido como *La Violencia*. Allí murieron cerca de 250.000 personas en un conflicto inicialmente bipartidista, pero que después desarrolló dinámicas propias. Una tercera expresión de la violencia la detectamos en los años sesenta con el surgimiento de varias organizaciones guerrilleras en confrontación con el bipartidista Estado liberal-conservador. Finalmente, la oleada actual de violencia que adquiere los ingredientes del negocio de la droga y la conformación de grupos paramilitares, a mediados de los años ochenta. Un fuerte movimiento de derecha, consistente en escuadrones de la muerte y grupos paramilitares, se ha alzado en reacción contra las presiones de los grupos guerrilleros y en repuesta a lo que llamaron un Estado débil para la defensa de sus intereses.

Esta última ola de violencia ha transformado mucho más el tradicional sistema de valores en Colombia, basado en la civilidad relativa y la laboriosidad de sus gentes. Entre tanto, la violencia generalizada ha invadido buena parte de sectores y campos de la sociedad colombiana. La expansión de la violencia alcanza las raíces de la sociedad y es un desafío permanente para sus estructuras y hasta para su propia identidad. Una expresión de la crisis estructural es el hecho de que alrededor de dos millones y medio de personas están en condición de desplazados, tratando de escapar del conflicto armado que vive el país. (Sánchez, 2002)

Frente a cada una de estas oleadas de violencia, Colombia ha reaccionado esperanzada con la firma de muchos acuerdos de paz que, a la postre, han resultado infructuosos, unos de manera total y otros parcialmente, lo cual ha posibilitado que renazcan nuevas formas de confrontación armada. El siglo XX, por ejemplo, inició con los tratados de Wisconsin, Neerlandia y Chinácota, para poner fin a la guerra de los Mil Días. En 1953, hubo una paz frustrada en los

Llanos Orientales de Colombia, como aparente culminación de la violencia entre 1946 y 1956. De 1953 a 1958, se registran acuerdos de paz con las autodefensas campesinas armadas en la región del Sumapaz, los cuales no surtieron un rotundo éxito, porque de allí siguieron grupos de resistencia y ataque, que años después pasaron a engrosar las filas de las guerrillas comunistas.

2.2 ACUERDOS DE PAZ A PARTIR DEL FRENTE NACIONAL

Durante el Frente Nacional los acuerdos de paz fueron de carácter bipartidista y se propusieron cerrar el ciclo de violencia en Colombia. Su carácter excluyente de otras expresiones políticas, dado el núcleo político que lo alimentó, la paridad y la alternación en el poder de los partidos liberal y conservador, terminó produciendo a la postre más violencia, ante el surgimiento de nuevos grupos guerrilleros, tales como, el ELN, el EPL, y ya en la década de los setenta, el M-19 (Las FARC – EP habían antecedido a estos grupos).

Después se gestó el llamado Acuerdo de La Uribe, proceso de paz del presidente Belisario Betancur, también frustrado, ante la presencia de “agazapados enemigos de la paz”, como se les llamó a los sectores de derecha que sabotearon dicho proceso. También hay que mencionar, por supuesto, el proyecto de paz del Caguán durante el cuatrienio del presidente Andrés Pastrana Arango. Este proyecto de negociación política con las FARC – EP, después de haber generado unas expectativas verdaderas de paz, terminó en un rotundo fracaso.

No obstante, se registran acuerdos de paz parciales que arrojaron un relativo éxito, como los adelantados con el M-19; el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT; el Movimiento Armado QUINTIN LAME; el EPL, y con un sector del ELN que pasó a constituir un movimiento político legal llamado Corriente de Renovación Socialista. Estos grupos se desmovilizaron, recibieron ayudas del Estado en calidad de reinsertados a la vida civil, conformaron

movimientos políticos con curules en el Congreso de La República, sin mayor incidencia en la vida nacional, exceptuando quizás al M-19, pero todos ellos terminaron con un número importante de sus dirigentes vilmente asesinados en las calles de ciudades y poblados colombianos, cuando ya gozaban de los indultos y amnistías correspondientes. Relacionado con esto último hay que mencionar el exterminio de La Unión Patriótica, UP, grupo legal que surgió en Colombia a raíz de los acuerdos de paz bajo la administración del presidente Belisario Betancourt.

El primer gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez, expidió la Ley 975 de 2005, también llamada Ley de Justicia y Paz, la cual permitió el marco jurídico de las actuales negociaciones de paz entre el gobierno y los grupos paramilitares, susceptible de servir de marco legal a negociaciones futuras con otros actores armados. A juicio del gobierno, esta ley pretende equilibrar las exigencias, a veces mutuamente excluyentes, de justicia y paz, propias de todo proceso de justicia transicional.

La ley buscó compensar con generosos beneficios penales a aquellos actores armados que cometieron crímenes atroces antes de su desmovilización, sobre la base del reconocimiento de los derechos de las víctimas de dichos crímenes, contar la verdad de sus actos criminales y la promesa de no reincidir en ellos.

Es Colombia el país donde efectivamente se hace evidente la caracterización de un Estado débil. El problema de las divergencias y contraposiciones en cuanto a la justicia transicional se reportan como constantes en medio del objetivo de alcanzar la paz. Lo anterior, al tener en cuenta la complejidad de ordenar satisfactoriamente dentro de un marco legal y real, tanto las necesidades de las víctimas a que sean impuestos los castigos correspondientes a los hechos que padecieron, como las condiciones exigidas por los victimarios para desmovilizarse. Teóricamente la justicia transicional representa posibilidades muy bien estructuradas y coherentes, sin embargo, al hacerla navegar dentro de un contexto específico, la teoría fácilmente demuestra sus falencias ya que se ve limitada, porque la lógica de la

realidad es mucho más compleja y cambiante. En Colombia se requiere un sistema de justicia transicional que corresponda con la magnitud de los hechos que han cometido los grupos organizados al margen de la ley. Si se es consecuente con el conflicto armado que se presenta en el territorio nacional se debe requerir:

(...) un proceso transicional que exija justicia para los responsables de crímenes atroces, pero que al mismo tiempo se enmarque dentro de la lógica de la negociación entre actores armados que hoy dominan la escena. Por eso, en el contexto colombiano, estos dos modelos radicales de transición resultan tanto inviables políticamente, como indeseables jurídica y éticamente (Uprimmy, 2006: 25).

Es cierto que dentro de la historia colombiana – y de su mano la violencia – se han promovido medidas encaminadas a superar los hechos de lesa humanidad, cometidos por los grupos alzados en armas en contra de la sociedad civil, también lo es que ninguna ley había acaparado tanto la atención de quienes hacen parte de la política Nacional como la ley 975 de 2005. Sin embargo, pensadores como León Valencia⁹ afirman que:

En Colombia no ha habido un proyecto para terminar la guerra y buscar la reconciliación nacional en los últimos cuarenta años. Por mucho tiempo se ignoró el conflicto o se buscó darle un tratamiento exclusivamente militar. En los años ochenta del siglo pasado se inició la búsqueda de acuerdos, y durante veinte años se intentaron y se lograron negociaciones con

⁹ “Analista político y consultor de organismos internacionales. Hizo parte del Comando Central del Ejército de Liberación Nacional en los años ochenta. Fue director de la Comisión Nacional de Derechos Humanos en la red Nacional de Iniciativa contra la guerra y por la Paz. Es columnista de los periódicos El Tiempo y El Colombiano” (Medina, 2003: 337).

organizaciones guerrilleras, dentro de lo que podríamos llamar un *modelo paralelo de paz*¹⁰ (Medina, 2003: 337).

La mayoría de las iniciativas que se han encaminado desde diversas esferas colombianas, han fallado en la implementación de procesos realmente prácticos que logren forjar a un verdadero objetivo común: la necesidad de promover la paz nacional bajo el amparo del respeto por los Derechos Humanos y los estamentos judiciales del país.

Durante el gobierno de Andrés Pastrana se trabajó por cerca de tres años en búsqueda de acuerdos con las FARC. Sin embargo, este grupo al margen de la ley, demostraba – con creces – su falta de compromiso para con los acuerdos que se implementaban. Una fiel muestra de ello es el despeje hecho en el año 1999 de 42.000 Km² en el Departamento del Caquetá, Meta y Putumayo; despeje mediante el que se pretendía conseguir firmar con el grupo armado el acuerdo de paz. Dentro del mismo proceso se instaló una mesa de diálogo entre los máximos representantes del grupo armado y las altas personalidades del gobierno colombiano. Se esperaba contar con la presencia del máximo líder de las FARC Manuel Marulanda, pero nunca llegó. De esta manera se enalteció el famoso concepto de la “silla vacía” como aquel espacio que nunca fue ocupado y que incidió significativamente en el proceso de paz que se pretendía emprender. Por parte de las FARC, se adujo falta de compromiso del gobierno en los acuerdos que se iban pactando, especialmente en lo relacionado con una reforma agraria y económica en general, y el desmonte del paramilitarismo. Por parte del gobierno, la falta de compromiso de las FARC con la paz y el haber aprovechado el Caguán para rearme y desde allí seguir delinquiendo.

¹⁰ El concepto de modelo paralelo de paz hace referencia a aquellos procesos de paz que se emprenden con algunos grupos alzados en armas, pero a la vez se mantiene la confrontación armada con otros. Cfr. MEDINA, Medófilo (2003) Tiempos de Paz. Alcaldía Mayor de Bogotá.

Recientemente, y tras la posesión de Álvaro Uribe Vélez como presidente de la república para el período comprendido entre 2002 y 2010 –período que se logró extender mediante la reforma constitucional que se puso en marcha desde el año 2006- se empezaron a implementar las medidas correspondientes a la política de Seguridad Democrática¹¹ promovida por Uribe. Dentro de tal planteamiento, y como respuesta a tal implementación, algunos jefes paramilitares pusieron de manifiesto al gobierno colombiano su voluntad de paz y la necesidad de la iglesia como garantía para emprender tal proceso. Para el año 2002 se establece el cese de hostilidades. El gobierno inicia, mediante la implementación de un grupo especializado, contacto con los grupos paramilitares.

De acuerdo con políticas transicionales, se puede deducir que el sistema de justicia en Colombia ha tenido que sufrir modificaciones constantes para lograr responder a las necesidades que la sociedad reclama. “En menos de una década, Colombia ha cambiado su código de procedimiento penal, tres veces, el último sólo tuvo una vigencia de menos de tres años, ni siquiera se pudo hacer una valoración sobre sus virtudes y defectos” (Carranza, 2005: 82). Tal falta de constancia, resulta ser preocupante al pensar en la necesidad de establecer un firme sistema penal que pueda juzgar los actos cometidos en contra de la sociedad civil y militar colombiana. Sin embargo, el proceso de la violencia en Colombia ha traído consigo la necesidad de pensar en medidas que satisfagan las necesidades de quienes se ven realmente involucrados y afectados por la realidad de la violencia. El proceso de lucha armada en Colombia ha enaltecido los nominativos de *víctimas*¹² y *victimarios*¹³ como protagonistas antagónicos dentro

¹¹ La Seguridad Democrática trasciende el concepto tradicional de seguridad nacional, ligado exclusivamente a la capacidad del Estado para coartar y penalizar a aquellos individuos que transgreden las normas de convivencia en sociedad. En última instancia, la estrategia de Seguridad Democrática busca asegurar la viabilidad de la democracia y afianzar la legitimidad del Estado. (Leal, 2008)

¹² De acuerdo con la Ley 975 de 2005, se entiende por víctima la persona que individual o colectivamente haya sufrido daños directos tales como lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica y/o sensorial (visual y/o auditiva), sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo de sus derechos fundamentales. Los daños deberán

de todo proceso, más aún cuando dicho proceso pretende superar el malestar de la guerra e instaurar un nuevo estilo de vida en donde se superen los hechos cometidos en contra de la sociedad civil a manos de grupos al margen de la ley. Por esta razón, las sanciones no pueden limitarse al encarcelamiento de los culpables de los actos violentos, sino que pondera la necesidad de instaurar un nuevo proceso en donde se puedan superar las muestras de violencia y se logre, así mismo, convencer a los involucrados en tales acciones (acusados-delincuentes) de regresar a la vida civil con la dignificación de su propia vida y la de su familia, mediante la implementación de medidas, e incentivos, que serían otorgados siempre y cuando los acusados dieran muestras de colaboración con la justicia en el desmantelamiento de los hechos investigados.

ser consecuencia de acciones que hayan transgredido la legislación penal, realizadas por grupos armados organizados al margen de la ley. También se tendrá por víctima al cónyuge, compañero o compañera permanente, y familiar en primer grado de consanguinidad, primero civil de la víctima directa, cuando a ésta se le hubiere dado muerte o estuviere desaparecida. La condición de víctima se adquiere con independencia de que se identifique, aprehenda, procese o condene al autor de la conducta punible y sin consideración a la relación familiar existente entre el autor y la víctima.

Igualmente se considerarán como víctimas a los miembros de la Fuerza Pública que hayan sufrido lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica y/o sensorial (visual o auditiva), o menoscabo de sus derechos fundamentales, como consecuencia de las acciones de algún integrante o miembros de los grupos armados organizados al margen de la ley. Asimismo, se tendrán como víctimas al cónyuge, compañero o compañera permanente y familiares en primer grado de consanguinidad, de los miembros de la fuerza pública que hayan perdido la vida en desarrollo de actos del servicio, en relación con el mismo, o fuera de él, como consecuencia de los actos ejecutados por algún integrante o miembros de los grupos organizados al margen de la ley.

Tendrán la calidad de víctima quienes se encuentren en las situaciones previstas en el artículo 5 de la Ley 975 de 2005, incluyendo a las víctimas del desplazamiento forzado ocasionado por las conductas punibles cometidas por los miembros de los grupos armados organizados al margen de la ley. Para el ejercicio de sus derechos dentro del proceso, la víctima deberá acreditar sumariamente su condición de tal, la cual, de ser procedente, será reconocida por la autoridad judicial. (Cfr. Ley 975 de 2005 De justicia y paz. Art. 11 Decreto 4760/ Parágrafo)

¹³ Se entiende por victimario toda aquella persona que le infringe un daño o perjuicio a otra en un momento determinado. Si bien este término puede ser usado para referirse a cualquier persona responsable de cometer un delito, está generalmente relacionado con los conceptos de proceso de paz y justicia transicional, en donde es utilizado frecuentemente en forma plural, para referirse a los actores armados de un país, bajo un régimen dictatorial o en un conflicto armado interno, que han cometido Crímenes de Guerra o Crímenes de Lesa Humanidad.

Con el objetivo de responder a tales necesidades, se empezó a gestar la ley de Verdad, Justicia y Reparación con la que también se buscaba generar una serie de garantías a las personas involucradas (víctimas y victimarios) en los hechos de violencia, mediante estrategias como la reinserción a la vida civil de quienes delinquieron en grupos al margen de la ley, y la reparación a las víctimas en el aspecto moral, económico, psicológico, etc., así como el compromiso de no repetición de actos violentos.

La justicia como valor o virtud está en el centro de la organización social y política de las sociedades contemporáneas. Precisamente, esas sociedades que viven conflictos armados internos, o que han sido regidas por poderes autoritarios, como la nuestra, buscan avanzar hacia consensos más justos y participativos. Claro está, tal búsqueda no aparece como iniciativa del autoritarismo, sino como parte de la lucha de los sectores democráticos.

La justicia transicional surgió en el país como un expediente de compromiso político en el camino hacia la democratización de la sociedad y el abandono de la lucha armada. A cambio de ingresar a un nuevo pacto social, recibir un trato penal benigno y gozar luego de la condición de ciudadano integrado al orden social, los grupos en pugna deponen las armas. La reconciliación y la paz son objetivos que justifican disminuir las exigencias de la justicia ordinaria, siempre y cuando se respete el derecho de las víctimas, se sepa la verdad de lo sucedido en materia criminal, se haga justicia, se obtenga reparación y garantía de no repetición.

2.3 SITUACIÓN GENERAL DE COLOMBIA AL MOMENTO DE LA EXPEDICIÓN DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ

Colombia ha sufrido durante los últimos tiempos una serie de transformaciones políticas en aras de restablecer el orden social, la democracia y la paz dentro del territorio Nacional. Sin embargo, las condiciones que se tuvieron como principal objetivo para combatir, mediante la implementación de la Ley de Justicia y Paz,

recaen en los aspectos sociales, políticos y económicos que a continuación se mencionan.

En primer lugar, el constante proceso de violencia en el territorio nacional, sus múltiples manifestaciones desde los años cuarenta y su inclemencia para la década del sesenta con la aparición de la guerrilla y la implementación de estrategias y actos terroristas en contra de la población colombiana, representan el entorno de aplicación de la ley. Al considerarse como una constante, la violencia necesita una mediación legal pronta que permita devolver a los individuos la confianza en el Estado y en la legislación Nacional. Sin embargo, actualmente y tras la aplicación de la Ley de Justicia y Paz, los datos que se tienen no son alentadores. A continuación se muestra un ejemplo de ello:

El “Observatorio de derechos humanos y del derecho internacional humanitario” de la Vicepresidencia de la República –conforme a su metodología señala que los primeros nueve meses de 2007 se habrían producido 13.023 homicidios. Así mismo, indica que durante el mismo período se habrían producido 21 casos de masacre con 98 víctimas. Por su parte, el CINEP –siguiendo su propia metodología de compilación y presentación de cifras— indica que en el primer semestre de 2007 se habrían producido 243 ejecuciones extrajudiciales; 231 homicidios intencionales de personas protegidas y 31 desapariciones forzadas. La CIDH estima pertinente citar en su informe a ambas fuentes a pesar de las amplias discrepancias metodológicas entre ellas, a fin de dar cuenta del panorama presentado tanto por fuentes oficiales como de la sociedad civil, como es su práctica consistente. (CINEP, Noche y niebla 34/35: 16 ss.)

El fenómeno del desplazamiento de personas y comunidades enteras es altamente preocupante. Según datos de CODHES, la población desplazada está entre 3 y 4.6 millones de personas por efecto del conflicto armado. Acción Social

ha registrado 3.029.670 entre 1997 y 2008, y CODHES, por su parte estima que entre 1985 y el 2008 han sido desplazadas alrededor de 4.629.000 personas.

Esto quiere decir, según CODHES que, por lo menos, 385.000 familias perdieron o abandonaron 5,5 millones de hectáreas. Este despojo, según la misma fuente, y el lucro cesante que genera representan pérdidas por 42 billones de pesos. El 98 por ciento de los hogares desplazados incluidos en el registro oficial, sobrevive en condiciones de pobreza y el 82 por ciento subsiste por debajo de la línea de indigencia; el 53 por ciento corresponde a mujeres, muchas de ellas víctimas de violencia sexual, y solo un 2 por ciento de las familias desplazadas ha recibido completa la atención humanitaria de emergencia. Los mayores causantes del desplazamiento han sido grupos paramilitares (37 por ciento), guerrillas (FARC, 28 por ciento; ELN, 3 por ciento), bandas emergentes (1,6 por ciento) y fuerza pública (1 por ciento) (Rojas, 2009).

Junto con la violencia el ámbito social también empezó a verse fuertemente afectado; los problemas de la pobreza, la desigualdad social, y la falta de recursos para mantener una vida digna, se convirtieron en el pan de cada día de cerca del 60% de la población colombiana. El desempleo y las imposibilidades para preparación académica por parte de la mayoría de la población, resquebrajan aún más la grave situación de la nación. La política, como eje indispensable dentro de la democracia nacional, muestra debilidad y permite que se establezca como su sinónimo el concepto de corrupción y sus múltiples manifestaciones de alianzas político-económicas con beneficios propios, en contra de la opción por el bienestar social de la población que, teóricamente, representa la funcionalidad de la política.

Al hacer referencia a la esfera pública, los ciudadanos cada vez más padecen una pandemia generalizada que desemboca en la ausencia de una auténtica ética ciudadana. Esta situación genera seres no reflexivos, faltos de interés por la política nacional, carentes de autonomía y sin ningún tipo de afinidad con las condiciones del Estado y las decisiones que desde él se toman.

Sin embargo, estas condiciones no sólo se limitaron a ser una constante dentro del territorio nacional. Así mismo, y haciendo referencia al ámbito internacional, Colombia deja también entrever condiciones que generan un panorama bastante preocupante. La deuda externa adquirida con entidades de crédito internacionales, presupone la necesidad de utilizar un porcentaje del presupuesto nacional para responder con tal obligación. De esta manera, la dependencia extranjera del país se suma a las difíciles condiciones a las que se ha venido enfrentando Colombia. De la misma manera, el constante comercio de ideas foráneas dentro de los diversos territorios mundiales, por efecto de la globalización, afectó a la nación colombiana y generó una constante pérdida de identidad cultural, en donde se da mayor relevancia a las ideas de afuera, insertadas de manera arbitraria gracias al mercado y a los conceptos vanguardistas de moda, comodidad, etc., que impone el capitalismo globalizado de los países desarrollados, con Estados Unidos a la cabeza para nuestro hemisferio.

2.4 CONTEXTO POLÍTICO Y JURÍDICO DE LA LEY 975 DE 2005

La Ley de Justicia y Paz en el territorio nacional se ha instaurado bajo la lógica de la justicia transicional como medio efectivo hacia la desmovilización de los paramilitares y el cese de las actividades violentas y terroristas que han emprendido a lo largo de la historia colombiana. La justicia transicional hace referencia a los procesos políticos que pretenden generar transformaciones en el ámbito social y político y lograr erradicar un conflicto armado interno, donde las violaciones a los derechos humanos de los individuos y las faltas contra el derecho internacional humanitario se muestran como una constante. El principal inconveniente que se presenta a la hora de emprender una legislación bajo la lógica de la justicia transicional, es el de la necesidad de equilibrar la justicia y la paz para evitar la oposición con la justicia ordinaria.

Dentro de las condiciones normales de la justicia, es decir dentro de la justicia ordinaria, la paz de determinado territorio se obtiene mediante la aplicación de la justicia contra los hechos cometidos. Sin embargo, cuando se habla de conflictos armados que afectan negativa y profundamente a la sociedad en general, se evidencian las tensiones que surgen entre las exigencias de la justicia y la necesidad de hallar la paz; esta tensión se ve enfrentada entonces a buscar salidas negociadas al conflicto por parte del Estado y los actores armados, que permitan la modificación de algunas pautas propias de la norma penal, con la finalidad de instaurar la paz en el territorio nacional.

De la misma manera surge otro tipo de tensión directamente influenciado por el carácter internacional de la justicia, en lo concerniente a los derechos a la verdad, la justicia y la reparación, a quienes hayan sido víctimas de crímenes de lesa humanidad, al impedir acuerdos de paz que implementen rebajas de penas sostenidas y que violenten la justicia penal ordinaria, al punto de generar situaciones de impunidad. La rebaja que se da en las penas dentro del marco de la justicia transicional, surge ante la constante negativa de los actores armados en hacer parte de los acuerdos de paz sin que se les garantice una serie de beneficios, especialmente lo que tiene que ver con la rebaja de las penas. Sin embargo, dentro de los parámetros de la justicia transicional las condiciones deben estar en concordancia con el liderazgo de la sociedad civil que asume el proceso de justicia transicional, asegurando que no se presenten vacíos como la impunidad para que, de esa manera, no se vea afectada ni ética ni jurídicamente la nación.

Dentro del territorio colombiano, el proceso de justicia y paz emprendido con los paramilitares es bastante complejo. En primer lugar, el proceso de paz suscrito en Colombia a raíz de la ley 975 de 2005, sólo involucra a uno de los sectores armados que componen hoy en día la realidad conflictiva del territorio nacional, es decir, sólo involucra a los paramilitares. Representa un gran inconveniente el hecho de que muchos de los representantes de los partidos políticos que existen

en Colombia, están siendo juzgados por tener vínculos con los grupos pertenecientes al paramilitarismo. De esta manera, la impunidad en el proceso ha representado otro problema en la implementación de la ley. A su vez, otro tipo de implicación que se debe tener en cuenta es la capacidad de delinquir de quienes ya están amparados bajo la ley, es decir, los desmovilizados, y de quienes ya están siendo castigados a causa de sus acciones delincuenciales.

Además de los obstáculos ya mencionados, también se debe mencionar que en la génesis de los acuerdos de paz de Santa Fe de Ralito, se acordaron una serie de medidas en donde la más representativa, y a su vez la que generó mayor inconformismo por parte de los sectores de la oposición en el Congreso, fue la de las significativas rebajas de penas. Es, precisamente, con tal medida, adoptada en medio de los acuerdos con los paramilitares, desde donde se empezó a asimilar que había muestras de impunidad, puesto que no existió realmente un compromiso inicial, ni con la verdad de los hechos violentos, ni con el tratamiento a las víctimas, ni en la promesa de no volver a delinquir.

Ante las características descritas anteriormente se requiere promover desde una formulación tanto teórica como práctica de la ley, las medidas efectivas que conlleven a la consolidación de la paz y, así mismo, a la ejecución de la justicia en cada uno de los hechos cometidos.

2.5 CONTEXTO ECONÓMICO

Hasta la década del noventa Colombia económicamente gozaba de un modelo intervencionista que ha dejado hoy sus consecuencias, a juicio del neoliberalismo, bajo parámetros como la ineficiencia, el clientelismo, la constitución de monopolios poco competitivos, etc. Por su parte, a partir de La Constitución de 1991, se generó un nuevo proyecto económico dentro del territorio colombiano amparado en la consolidación del Banco de La República como institución autónoma que

maneja el componente monetario, controla la inflación e implementa un modelo neoliberal para quienes son partidarios suyos en aras del mejoramiento de la producción, la asignación de recursos y la idoneidad. Aspectos éstos que no han tenido cabal cumplimiento en el ámbito nacional, antes bien, como efecto de la crisis económica mundial que empezó en septiembre de 2008, se ha producido en el país incremento del desempleo, cerca del 13 por ciento, recesión industrial y aumento de la pobreza y desigualdad social, según estadísticas e informes del DANE¹⁴.

Los propietarios de las empresas del Estado optan por el comportamiento privado, típico de las mismas, moviéndose hacia la búsqueda de la maximización de sus utilidades y no al de los fundamentos sociales. Cuando estas empresas fueron privatizadas, caso de los servicios públicos, se inició un proceso de nueva organización que conllevó a un alza de las tarifas, afectando a las familias de bajos recursos, lo cual generó mayor pobreza y, a su vez, el incremento del conflicto nacional.

En Colombia, tanto desde el gobierno de Virgilio Barco, pero más en el de César Gaviria Trujillo, se introdujeron una serie de reformas con el propósito de generar el paso a la internacionalización de la economía. Dentro de las reformas neoliberales que se instauraron, se cuentan la reducción del tamaño del Estado y la privatización de las empresas estatales, la transferencia de las funciones estatales a los gobiernos locales, la reducción de los aranceles y barreras del comercio exterior, etc.

Hoy en día la producción nacional se ha reducido y presenta un atraso tecnológico significativo.

Tanto en el Informe del Banco de la República de junio de 2008 como en la entrevista concedida a El Tiempo por el Ministro de Hacienda y la del

¹⁴ Esta información corresponde a estadísticas publicadas por el DANE (Departamento Nacional de Estadísticas) en su sitio WEB. <http://www.dane.gov.co/>

Presidente a PORTAFOLIO, se reconoce el grave estado de la economía nacional. Se coincide en que existe desaceleración y que se está presentando un aumento de la inflación causado por el alza de los combustibles, las materias primas y los alimentos. (...) El comercio, la industria y la construcción reportan caídas enormes. La manufactura apenas creció un 1,2% en el primer semestre y sus ventas sólo subieron 0.6%. Lo del comercio fue peor, pasó de un crecimiento del 13,1% en los primeros seis meses de 2007 a tan sólo 1,8% en el presente. Para la construcción, que tuvo en 2007 alzas superiores al 10%, se avisa un desplome en el renglón de vivienda, en particular de interés social, y una reducción en las obras civiles. En la agricultura -si se excluye el café- el resultado, para el primer trimestre de 2008, es negativo en 0,48% y la mitad de los agricultores han manifestado que su producción en volumen ha decrecido. La tasa de desempleo comenzó a variar de dirección; la del mes de junio fue mayor que la de mayo, igual a la del año pasado y superior a la de junio de 2006 y el Banco de la República reconoce, a su vez, que hay “una contracción del empleo asalariado” (Suárez, 2008).

Tal situación vislumbra un prudente manejo de la política económica que no ha logrado generar clara y visionariamente métodos novedosos que promuevan el desarrollo socioeconómico del país. Con la puesta en marcha del modelo neoliberal, se incrementó la desigualdad social y se amplió la diferencia en el acceso de la población al mercado.

En la actualidad, esta reforma aun sigue afectando la función distributiva del estado, repercutiendo así, en la imposibilidad de llegar una convergencia de intereses de los diferentes actores sociales.

Situación que se ha hecho evidente bajo el gobierno de Álvaro Uribe Vélez con su prioridad de atención a la guerra y no a lo social, pues se ha logrado evidenciar un aumento en los ingresos de los bonos de guerra, sin que de esta manera se pueda denotar una verdadera política retributiva. Teniendo en cuenta el incremento del

conflicto armado y la política de seguridad democrática, en Colombia se ha creado un ambiente más conservador y autoritario que asume el uso de la fuerza como medio para la resolución de los conflictos.

2.6 CONTEXTO POLÍTICO Y SOCIAL

La violencia de todo tipo está fuertemente unida al contexto colombiano. El derecho a la auto-defensa se ha convertido en un elemento indispensable de la cultura nacional. Hay que distinguir el conflicto armado entre el Estado y las asociaciones irregulares de lucha (guerrillas: FARC, y ELN; paramilitares, narcotráfico), y también entre estas mismas organizaciones de violencia entre si, del movimiento popular por sus reivindicaciones más sentidas que, al efectuar acciones de masa con bloqueo de carreteras, ocupación de espacios públicos, toma de tierras, urbanas y rurales, etc., recibe por parte del estado medidas de fuerza que terminan criminalizando las protestas. En este sentido, el caso con el movimiento indígena es manifiesto.

El ambiente popular social (campesino, obrero, indígenas, estudiantes, amas de casa, transportadores, etc) es muy tenso en Colombia. Los derechos consagrados en la constitución de 1991 han encontrado, para su tipificación jurídica, fuertes escollos políticos provenientes del modelo neoliberal que impera en el país.

2.6.1 El Paramilitarismo

Se refiere a organizaciones particulares de derecha que tienen una estructura y disciplina similar a la de un ejército, pero no hace parte de manera formal de las fuerzas militares del Estado. El paramilitarismo en Colombia surge como respuesta a la violencia emprendida por los grupos guerrilleros del País y ante la debilidad del estado en la protección del territorio nacional. Dentro de los principales grupos paramilitares se encuentran las AUC, Autodefensas Unidas de Colombia, que se encargaron de propender por la defensa de los derechos de los

civiles; derechos que el gobierno encargado no era capaz de hacer defender gracias a la presencia guerrillera en vastas zonas del país. En la génesis y desarrollo histórico de dicho movimiento se vieron involucrados agentes del mismo Estado como policías, militares, además de representantes políticos y de otros sectores de la sociedad. Dicha participación estatal generaría posteriormente el escándalo judicial y político denominado para-política a inicios del siglo XXI.

Actualmente, bajo el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, las AUC entraron en acuerdos de paz. Sin embargo, al tener en cuenta su estrecha conexión con la actividad ilegal (narcotráfico) y, junto con ello, las solicitudes de extradición por parte de los Estados Unidos, la comisión de delitos de lesa humanidad y la extraña desaparición de uno de sus máximos representantes, Carlos Castaño, suscita la posibilidad y las condiciones para que, quiénes aún hacen parte de este grupo, puedan desmovilizarse y retomar la normalidad desde la vida civil.

El acuerdo con los Paramilitares se llevó a cabo el 13 de Mayo de 2004 en donde se creó una zona de ubicación en Tierralta córdoba. La zona comprende una extensión de 368 Kilómetros cuadrados. Dentro del acuerdo establecido, las autodefensas se comprometieron a abstenerse de realizar actividades ilícitas, reclutar personas, ejercer cualquier tipo de amenaza sobre los pobladores o turistas y permitir la movilización y desarrollo normal de las labores emprendidas por los habitantes y las personas que desarrollan actividades dentro del territorio. Dentro de los objetivos que se pretendían cumplir mediante la zona de ubicación se cuentan la consolidación del proceso de paz con las AUC, contribuir con el cese de hostilidades por parte de estos actores del conflicto y avanzar hacia el programa de concentración y desmovilización de los integrantes de las AUC en Colombia, mediante el diálogo y el contacto con grupos tanto nacionales como internacionales¹⁵.

¹⁵ Datos y fechas obtenidos en: *Cfr. OTERO, Alfonso. Paramilitares, la modernidad que nos tocó. Edición Ligia Consuelo Cortez Rengifo. Bogotá. 2008*

Dentro de los miembros que se han acogido a la desmovilización, Salvatore Mancuso, dirigente de las AUC, ha hecho parte de tal proceso. Su desmovilización se dio en el año 2004 y fue pedido en extradición por los Estados Unidos en el año 2008. Actualmente, mediante sus intervenciones y declaraciones ante la justicia estadounidense, se han logrado reconocer algunos crímenes cometidos por este grupo al margen de la ley y se han podido esclarecer otros tantos hechos ocurridos dentro del territorio nacional. Aún, hoy en día, se siguen desmovilizando agentes importantes de las AUC y, así mismo, se ha dado de baja y capturado a varios de sus integrantes. Sin embargo, y aunque se están dando las garantías estipuladas por La Ley de Justicia y Paz, el proceso se ha visto seriamente cuestionado por las falencias constantes entre los principios de verdad, justicia y reparación a las víctimas.

El proceso con las AUC se resquebrajó finalmente al ser extraditados a Estados Unidos sus cabecillas. Para tal medida, el gobierno adujo que continuaban delinquir desde las cárceles del país, por lo que, atendiendo la solicitud del gobierno estadounidense, termina por extraditarlos a ese país, otorgando con ello un duro golpe a la ley de justicia y paz, pues desde el país del norte ya no podrán contar toda la verdad de sus crímenes, el robo de tierras, ni ofrecer la debida reparación a sus víctimas.

2.6.2 El Narcotráfico

La actividad del narcotráfico se refiere a la evolución histórica de la producción y distribución de drogas ilícitas de efectos psicotrópicos en Colombia, desde sus inicios hasta la actualidad. Es una actividad clandestina que ha venido incrementándose gracias a la alta demanda internacional de sustancias alucinógenas procedentes de América del Sur, dada la capacidad ancestral que tienen los indígenas de este territorio en cuanto a la manipulación de las plantas de coca y marihuana. En Colombia la demanda se ha convertido en el negocio de muchos ciudadanos dada la buena demanda del producto ilegal en el exterior. Así

mismo, el surgimiento de poderosos capos, las posibilidades y métodos de procesamiento y comercialización bajo el amparo de ejércitos privados que aseguran la efectividad del negocio, han permitido que el procesamiento y comercio de las sustancias ilegales, se conviertan en el medio de subsidio más común y con mejor rentabilidad dentro de los grupos ilegales.

Junto con la ilegalidad propia del comercio de dichas sustancias, se ve el fortalecimiento de los principales carteles y, así mismo, la implementación de medidas extremas que permitan cumplir cabalmente con el envío al extranjero del producto fabricado desde nuestro país. Así, fenómenos como el asesinato de todas aquellas autoridades o personas que obstaculicen el negocio, el cultivo y la producción de los estupefacientes, se convierten en común denominador dentro del ámbito nacional. Junto con tales condiciones, la necesidad de legalizar el dinero proveniente de esas actividades ilícitas, se ha convertido en otra de las muchas consecuencias del narcotráfico. La compra de terrenos baldíos por parte de los carteles se ha disparado notoriamente junto con la modernización de los laboratorios rurales desde los que se producen las sustancias psicoactivas. Se desencadenan entonces otras tantas consecuencias en contra de la población civil tales como el desplazamiento forzado, la continua violación a los derechos de los campesinos, los saqueos, la baja en la producción agrícola, la urbanización acelerada en las principales ciudades, etc. El dinero que se produce mediante estos negocios ilícitos, desemboca en corrupción que acapara las diversas instancias nacionales: la política, la cultura, el deporte, la farándula, etc. El mismo conflicto armado, sea guerrillero o paramilitar, se ha visto permeado por este fenómeno del narcotráfico. Tal hecho ha permitido que hoy en día hablemos en Colombia de narco-guerrilla y narco-paramilitarismo. Esto ha hecho mucho más compleja nuestra realidad conflictiva. En este momento, el gobierno no puede entenderse con una sola voz, ni con las fuerzas guerrilleras, ni con el paramilitarismo, ni con el narcotráfico. Mucho menos, cuando se sabe de alianzas estratégica entre estos actores armados para debilitar aun más al gobierno. Pongamos por caso, el paramilitarismo, que dice haber surgido para defender al

Estado de las guerrillas, pero luego asalta los presupuestos de municipios bajo su control y golpea la democracia liberal interfiriendo en sus procesos en alianza con el narcotráfico.

Esta multipolarización de fuerzas insurgentes promueve, pues, toda clase de extrañas alianzas y maniobras. Así sucede cuando los paramilitares, enemigos declarados de la guerrilla, llegan a acuerdos, abiertos unos, tácitos otros, con ellos a nivel regional, basados en el propósito común de explotar juntos las drogas ilícitas y los mismos recursos naturales de la región sin la intervención de las instituciones estatales.

A esto se suma, la necesidad económica de estos actores armados que los lleva a realizar alianzas con el narcotráfico para incrementar sus fuentes de ingreso con el negocio de las sustancias ilícitas. Los enormes recursos económicos provenientes del narcotráfico, les ha permitido a estos grupos armados construir un poderoso aparato militar.

Podemos concluir que el conflicto armado en Colombia es un caso especial que no permite se le apliquen los esquemas usuales para este tipo de situaciones. No es la tradicional insurrección de un grupo alzado contra un estado poderoso, por que sabemos que el Estado es débil y los varios grupos rebeldes han estado muy consolidados en el territorio patrio. Tampoco es un conflicto que exprese una guerra civil declarada donde dos sectores de la población estuvieran luchando por el predominio del Estado (Orjuela, 2005). En nuestra Colombia, la inmensa mayoría de la población se encuentra más bien atemorizada. Esto se ve claro con la favorabilidad que ostenta el presidente Uribe con su programa de liquidar a sangre y fuego a los grupos armados, no obstante el resto de problemas sociales que padece el país y que no son atendidos por su gobierno: desempleo masivo, desigualdad social en aumento, entre otros.

Esta situación de fragmentación de los rebeldes, ha significado que aún en el caso de la desmovilización de los grupos paramilitares de las AUC, vemos que algunos

de sus líderes se apartaron del proceso y han continuado su lucha. Entre tanto, la guerrilla, aunque golpeadas y debilitadas, siguen su accionar militar, lo que hace ver que el conflicto interno continua.

De esta manera ya no sólo se tiene que lidiar con las manifestaciones de la violencia emprendida por los grupos al margen de la ley que convergen en el país, sino que así mismo, se deben promover medidas que puedan determinar, evaluar y eliminar de raíz la comercialización de las sustancias que subsidian a cada uno de los grupos ilegales.

Hemos querido hacer todo este recuento, con el fin de volver sobre los hechos que marcaron la evolución de los grupos armados en Colombia, y así no perder de vista los graves acontecimientos que vivimos los colombianos y la enorme cantidad de sangre vertida en una guerra que ya parece no tener fin.

Capítulo III

UNA LECTURA DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ Y DE LA VIOLENCIA GENERAL COLOMBIANA DESDE HANNAH ARENDT

Introducción

Toda ley debe tener como principal razón de ser la de contribuir al desarrollo de la sociedad en la que se implanta. Sin embargo, aunque teóricamente las leyes son para aplicarse fielmente, las condiciones específicas de la sociedad, es decir, la de los individuos que en ella se desenvuelven, no permiten a veces que la ley logre cumplir con el objetivo que se propuso en su concepción estructural y teórica. Siempre nos encontramos con el factor humano que puede transgredirla, o el factor político de satisfacción de intereses privados, que hace que una determinada ley vaya en contra del interés común, lo cual no deja de generar problemas sociales.

Sin embargo, lo anterior no impide que la sociedad democrática se mantenga en el marco de un Estado de derecho y que sólo puede mantenerse dentro de este marco, en la medida en que la sociedad logre preservar un lugar para el imperio de la ley. Ese lugar, en un Estado de derecho, no puede ser suplantado por nada ni nadie: un trono, un templo, el capricho interesado de una clase social, o cualquier otra cosa. Lo que tiene que haber en ese lugar no son órdenes de un rey, designios de una divinidad o afanes personalistas y / o clasistas, sino leyes que sean verdaderamente leyes y que, en tanto tal, satisfagan los intereses de toda la sociedad.

En la filosofía clásica griega, específicamente en Sócrates, Platón y Aristóteles, se insistió mucho en la idea de que nadie tenía derecho a ocupar el lugar de las leyes. Esa idea a la que los griegos llamaron ciudadanía depende precisamente de que en el centro de la vida social prime el espacio de la ley. En consecuencia, la obligación de todo gobierno es gobernar con arreglo a la ley. El lugar de las leyes tiene que estar reservado sólo para ellas, pues de sus contenidos es de donde van a salir definiciones sobre lo que es justo y recto en la sociedad.

¿Cómo logramos distinguir lo que es justo de aquello que no lo es? Para esto no existen fórmulas mágicas; tiene que provenir del arduo trabajo intelectual sobre el contexto y el tipo de sociedad que se aspira forjar, construyendo así, poco a poco,

el edificio jurídico del Derecho, a partir de los principios más incontrovertibles, hasta decidir sobre las cuestiones más discutibles. Buscando que los afectados por las leyes participen en su deliberación y aprobación.

Lo primero que exige la razón es que determinadas cuestiones prácticas deben ponerse en resguardo de cualquier posible decisión que se incline a la satisfacción de intereses particulares por encima de los generales de la sociedad. Este marco filosófico - jurídico, será nuestro norte al momento de analizar La Ley de Justicia y Paz, Ley 975 de 2005, de corte transicional, expedida por el Parlamento Colombiano, ante el proyecto de ley presentado por el gobierno de Álvaro Uribe Vélez en el marco de las negociaciones adelantadas con los grupos paramilitares, nucleados alrededor de las denominadas Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, y en búsqueda de la desmovilización de sus estructuras armadas.

3. PROBLEMAS DETECTADOS EN LA APLICACIÓN DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ

Corresponde a la ley 975 de julio 25 de 2005, el contenido de las disposiciones conducentes a la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley. Su objetivo, teóricamente, es, contribuir a la consecución de la paz nacional. Dicta además esta ley otras disposiciones para acuerdos humanitarios.

La ley 975 de 2005, conocida también como la ley de justicia y paz, ha sido reglamentada posteriormente por varios decretos:

- 4760 de Diciembre 30 de 2005, el cual reglamenta que: Las conductas delictivas cometidas por los miembros de los grupos armados organizados al margen de la ley durante y con ocasión de su pertenencia al grupo, que no queden cobijadas por la Ley 782 de 2002, podrán ser investigadas y juzgadas por el procedimiento previsto en la ley 975 de 2005

- 2898 de Agosto 29 de 2006, el cual reglamenta que: Los miembros del grupo armado organizado al margen de la ley cuyos nombres someta el Gobierno Nacional a consideración de la Fiscalía General de la Nación, deberán ratificar en forma expresa, ante la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía General de la Nación, su acogimiento al procedimiento y beneficios de esta ley, previamente a la diligencia de versión libre, requiriéndose tal ratificación para que ésta pueda ser recibida y se surtan las demás etapas del proceso judicial allí establecido.
- 3391 de septiembre de 2006, el cual reglamenta que: La Ley 975 de 2005 tiene por objeto facilitar los procesos de paz y la reincorporación individual o colectiva a la vida civil de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, garantizando los derechos de las víctimas a la verdad, justicia y reparación.
- 315 de Febrero 7 de 2007, el cual reglamenta que: la Ley 975 de 2005 en el artículo 1° debe establecer como condición que se garanticen "los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación"¹⁶

La ley 975 entiende por grupo armado organizado al margen de la ley, a la guerrilla, a las autodefensas, y a una parte significativa e integral de los mismos como bloques, frentes u otras modalidades de esas mismas organizaciones.

Su elaboración, en cabeza del gobierno, es de alguna manera consecuencia de ciertas exigencias de los grupos defensores de derechos humanos y de la comunidad internacional para ofrecer un marco jurídico al proceso de desmovilización de los grupos paramilitares, especialmente.

La ley recibió fuertes críticas del Sistema de Naciones Unidas (Oficina de Derechos Humanos); de sectores del Congreso de E.E. U.U.; de la oposición

¹⁶ Información consultada en la página WEB <http://www.leyex.info/>

colombiana en el congreso y de personalidades democráticas de la política y de la justicia; y de ONG's de defensa de derechos humanos, básicamente por dos razones:

- a) Se consideran del todo insuficientes las medidas que establecen para esclarecer la verdad, reparar a las víctimas y castigar a los responsables;
- b) No garantizar el desmonte del fenómeno paramilitar.

Veamos a continuación y de manera más detallada algunas críticas a la ley de justicia y paz, provenientes de distintos enfoques teóricos:

- La ley de justicia y paz, por ejemplo, previó que los victimarios u ofensores respondieran patrimonialmente a las víctimas en forma individual y exclusivamente con el patrimonio adquirido ilícitamente. La corte declaró inconstitucionales ambas limitaciones al derecho de la víctima a la reparación integral: los victimarios no solo deben responder con su patrimonio ilícito, sino también con el adquirido lícitamente y hacerlo incluso solidariamente respecto de los daños ocasionados por otros miembros del mismo grupo.
- La ley de justicia y paz contiene, a juicio del jurista Rodolfo Arango Rivadeneira, dudas de validez constitucional, en, por lo menos, 16 aspectos. Aquí nos permitimos reproducirlos, aunque no literalmente, algunas de ellas así:
 - a) Desconoce los derechos de las víctimas: la verdad de lo sucedido, el paradero de las personas desaparecidas o de sus cuerpos, la justicia y la reparación del daño causado no son tenidos muy en cuenta.
 - b) Diluye el concepto de víctimas y lo reemplaza por el de civiles, y entre los civiles a los mismos victimarios.
 - c) Sacrifica la verdad histórica e individual en beneficio de una verdad procesal jurídica, al no exigir la confesión de los hechos cometidos por los

ofensores, como condición para hacerse acreedores a los beneficios que ofrece la ley.

- d) Sacrifica la justicia al castigar a los responsables de delitos atroces, a penas de solo cinco a ocho años como sanción, siendo que en la justicia ordinaria son castigados hasta con cuarenta años de prisión.
- e) Asegura la permanencia de las estructuras de poder del paramilitarismo, al permitir la desmovilización individual y no exigir la desmovilización colectiva completa e integral, así como la no obligación de los victimarios a responder con todo su patrimonio por los delitos cometidos. En la actualidad, vemos la presencia de grupos armados provenientes de los reductos paramilitares, caso de las Águilas Negras y otros, a los que el gobierno de Uribe Vélez llama pomposamente “bandas emergentes”.
- f) Crea incentivos para mentir, al no sancionar con la pérdida de los beneficios a los desmovilizados que no contaron o contaron a medias la verdad sobre sus fechorías y la responsabilidad que tienen frente a ellas. Ahí tenemos el caso de Ernesto Báez, quien no ha contado la verdad de sus actos criminales, pero sigue con los beneficios que otorga la ley.
- g) Crea estímulos para que los victimarios persuadan a las víctimas de no participar en las audiencias, pues aún así, el juez está obligado a reconocerle los beneficios al procesado.
- h) Sacrifica la justicia distributiva, al socializar los costos por los actos criminales de los victimarios y hacer que toda la población del país pague las reparaciones del caso.
- i) Transforma la ley penal en ley que queda a disposición arbitraria del gobierno al momento de determinar a quién se aplica y a quién no.
- j) Asegura la impunidad, al establecer plazos de investigación claramente insuficientes, inconstitucionalmente ampliados, por demás, por decreto

reglamentario, para investigar delitos cuya magnitud y complejidad exigen mayor tiempo.

- k) Premia a los victimarios, al descontar de la pena el tiempo de año y medio de desmovilización en zonas que no constituyen establecimiento carcelario, con lo cual se hace a un lado el mínimo de justicia que se debe aplicar.
- l) Hace optativa del victimario la restitución de tierras a desplazados por la violencia.
- m) Otorga el carácter de delincuentes políticos a los miembros de los grupos de autodefensa paramilitar, con lo cual elimina la distinción entre crímenes políticos y crímenes comunes. (Arango, 2008)

En realidad, la ley de Justicia y Paz no guarda conformidad con normas de carácter superior, tanto de nivel nacional como internacional. Presenta deficiencias en cuanto a incorporar impunemente a la vida civil a infractores que han ocasionado graves daños a las víctimas y a la sociedad colombiana en general. Por otra parte, ahora con la extradición de los cabecillas del paramilitarismo, menos se conocerá la verdad, más difícil se tornará la reparación a las víctimas y en ceros quedara el perdón y la posibilidad de la reconciliación, pues el país del norte más los juzgará por narcotráfico que por paramilitares.

La Ley 975 de 2005, implantada en el territorio colombiano bajo la finalidad –y ante todo la necesidad- de superar las constantes y graves manifestaciones de violencia emprendidas por los grupos al margen de la ley, debe verse desde las condiciones específicas presentes en el territorio nacional. La Ley de Justicia y Paz ha operado con los grupos Paramilitares o Autodefensas, AUC, y permite generar la posibilidad de establecer el concepto del perdón como la alternativa más efectiva en el proyecto de consecución de la paz. Éste concepto, a su vez, exige el acompañamiento del olvido como relación imprescindible para emprender el camino hacia la convivencia pacífica entre los colombianos.

Al hacer un análisis de las condiciones que la ley de Justicia y Paz establece entre justicia, perdón y olvido, observamos que no es posible que tal relación se pueda dar efectivamente para las víctimas, donde haya dosis de Justicia. Los victimarios, en cambio, pasan a ser protegidos por una serie de beneficios dados por el gobierno nacional, en tanto que las víctimas, deben renunciar tajantemente a la posibilidad de que sean fuertemente sancionados quienes cometieron actos violentos en su contra. De esta manera, se pueden evidenciar diversas manifestaciones de desigualdad entre los individuos partícipes del proceso legal.

Actualmente, las diversas muestras de paz dadas por los grupos al margen de la ley, han dejado entrever la falta de garantía que tiene la sociedad en cuanto al verdadero deseo de conseguir la paz por parte de los acogidos a la ley de justicia transicional. Una de las garantías que se exigen hoy en día, por ejemplo, está directamente relacionada con la obligación de que, quienes estuvieron involucrados en los actos en contra de la sociedad, no reiteren en sus actividades criminales. Lo anterior, bajo la premisa de lograr la liquidación de los bloques paramilitares. Esto no se viene cumpliendo puesto que en las zonas afectadas por el paramilitarismo han seguido actuando grupos armados que, obviamente, están ligados a los capos desmovilizados, pero que el gobierno se obstina en considerar pertenecientes a la delincuencia común o a grupos armados emergentes.

3.1 LA REALIDAD DEL PERDÓN Y SUS VERDADERAS IMPLICACIONES EN LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ COLOMBIANA

Mediante la implementación de la Ley 975 de 2005, como parte de una justicia transicional en Colombia, y bajo la premisa de superar la larga época de la violencia, vale la pena analizar las posibilidades que se tienen en cuanto al efectivo cumplimiento del objetivo anteriormente descrito. Si bien se pretende hallar la paz en el territorio nacional con las garantías y procesos jurídicos que enmarcan La Ley de Justicia y Paz, no cabría hablar de una paz verdaderamente

duradera, si no se toman a tiempo los correctivos jurídicos, políticos y morales que impidan la prolongación de los actos violentos, por parte de herederos de estas agrupaciones armadas y si no se involucran en dicho proceso a todos los actores armados que incursionan en el territorio nacional. En caso contrario, se llegaría apenas a una detención temporal de la violencia, pero ésta no se erradicaría por completo, que es lo que parece estar sucediendo en la actualidad.

Una ley que promueva la reconciliación entre los actores del conflicto armado, la sociedad civil y el gobierno, debe generar un proceso de flexibilización, es decir, una modificación al proyecto judicial regente y las sanciones que éste ha establecido, para que sea posible, desde la renuncia o modificación de los derechos de alguno de los implicados, superar las tensiones entre los enfrentados en tal situación y propiciar los respectivos acuerdos en aras de lograr tal reconciliación. En toda justicia transicional y hablando específicamente de La Ley de Justicia y Paz, se debe dar un proceso de flexibilización para que, no obstante siendo esta ley efímera y prontamente perecedera, logre gestar la reconciliación entre los involucrados en el conflicto, a saber: las víctimas y los victimarios. Se dice efímeramente, porque una vez liquidado el conflicto armado el país debe volver al ejercicio ordinario y permanente de la justicia, de acuerdo con las leyes y penas establecidas por los códigos en situación normal. Una justicia transicional no puede ser flexible en extremo, pues una rebaja considerable en el castigo del insurgente, puede crear en la sociedad y, especialmente en las víctimas, una sensación de impunidad con los crímenes cometidos, sobre todo si éstos son de lesa humanidad. La invocación de la paz no puede sacrificar del todo a la justicia.

Una ley transicional de justicia, encaminada a la consecución de la paz, no puede desconocer los derechos de las víctimas a exigir un justo castigo para sus victimarios, una justa reparación, a conocer toda la verdad y a la no repetición de los hechos delictivos. Los acuerdos de paz de hoy en día, en el marco de justicias transicionales, por muy direccionados que estén hacia la consecución de la paz, no pueden ser tan elásticos y condescendientes que rayen en la impunidad, pues

sería como generar formas de “perdón amnésico”¹⁷, situación ésta que chocaría con la legislación internacional sobre los crímenes de lesa humanidad, que no permite ningún tipo de inmunidad.

Al respecto, veamos el siguiente texto del jurista Rodrigo Uprimmy:

La implementación de una transición basada en perdones “amnésicos”, que fue posible en el pasado, y que incluso tuvo algunos éxitos notables, como las transiciones en España y Portugal en los años setenta, resulta hoy inaceptable jurídicamente en razón de las estrictas exigencias que el derecho internacional ha impuesto en su evolución reciente con respecto al castigo de los responsables de crímenes de guerra y de lesa humanidad. En efecto, estos crímenes son considerados violaciones severas de los tratados internacionales sobre derechos humanos, susceptibles de activar la competencia del Tribunal Penal Internacional (TPI) y de jueces de otros países en virtud del principio de jurisdicción universal. (Uprimmy, 2006: 25)

El problema de la Ley de Justicia y Paz colombiana tiene como principal eje de cuestión el tema del castigo, puesto que mediante la lógica del perdón y el olvido, logra alejarse de todo procedimiento estrictamente legal que sea capaz de sancionar satisfactoriamente a quienes cometen actos en contra de la nación y de sus individuos. El Estado, por lo tanto, ha de ser lo suficientemente capaz para generar e implementar medidas adicionales al castigo, que le permitan dirigir la nación al amparo del cumplimiento y respeto por los derechos humanos y de una justa condena a quienes se convirtieron en victimarios en los diversos grupos violentos que se fueron constituyendo paulatinamente en el territorio nacional.

¹⁷ Entiéndase por perdón amnésico aquel tipo de transición en donde se gestan amnistías generales, que no contemplan estrategias para el esclarecimiento de la verdad o para la reparación de las víctimas. *Cfr.* UPRIMMY (2006) ¿Justicia transicional sin transición? Centro de Derecho, Justicia y Sociedad. Pág. 22 ss.

La Ley de Justicia y Paz, tal como se ha aplicado, deja entrever la impunidad como ejercicio jurídico, ya que bajo la figura del perdón dado por las víctimas a los victimarios se está abandonando la exigencia internacional de judicializar severamente a quienes cometieron actos de lesa humanidad. Colombia no ha sido lo suficientemente capaz de promover, desde la ley, el respeto por los derechos humanos. A continuación veamos el siguiente pasaje indicativo de situaciones de impunidad:

Las organizaciones no gubernamentales colombianas son particularmente críticas a la hora de evaluar el proceso llevado a cabo con los paramilitares. En su informe alterno, concuerdan con el informe de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Colombia, presentado en febrero de 2008: La impunidad y las limitaciones al acceso a la justicia son estructurales en Colombia y afectan a todas las víctimas de violaciones de derechos humanos y derecho humanitario. (...) Muestra de ello es la impunidad de los crímenes de los paramilitares: de 31.671 paramilitares que se habrían “desmovilizado”, el 90,1% (28.544) fueron beneficiados con una amnistía *de facto* mediante el decreto 128 de 2003, bajo el argumento de que no tenían investigaciones o condenas en su contra por delitos graves. No se les exigió contar la verdad sobre las violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario en las que participaron o de las que tuvieran conocimiento y, por tanto, no ha sido posible determinar responsables, promotores y cómplices en la sociedad y en el Estado de estos crímenes. (Observatorio, 2008: 7-8)

El perdón y el olvido, como factores indispensables dentro del proceso de justicia transicional, generan las características de un procedimiento legal débil que no se ajusta, ni a las características de Colombia, ni a la realidad existencial de las víctimas que padecieron los actos criminales. La inconsistencia que se establece desde el aspecto teórico, permite demostrar que la Ley 975 –como se mencionó líneas atrás- no asume la necesidad de eliminar los brotes de violencia y terrorismo que hay dentro de la nación, sino que simula un aparente estado de paz

momentáneo. De esta manera, la teoría que se establece en aras de obtener la paz y fomentar la democracia en el país, no cumple cabalmente con tal objetivo.

Por otro lado, la inconsistencia práctica que se presenta en la aplicación de la ley de Justicia y Paz, está representada por la falta de correspondencia entre lo establecido por la ley y las características determinantes en el territorio nacional; se dejan entonces de lado las condiciones de malestar en las que se encuentran las víctimas y la falta de convencimiento personal de quienes se desmovilizan, en cuanto a la no reiteración de los actos criminales; tales faltas de concordancia se dan mediante la lógica de los postulados de perdón y olvido en cuanto a la evaluación y sanción de los actos de guerra cometidos en el país.

Junto con los problemas anteriormente descritos, surge en la legislación colombiana el concepto de impunidad como principal hecho representativo de los procedimientos jurídicos del país. Si bien es cierto que La Ley de Justicia y Paz, tiene como requerimiento específico la necesidad de ahondar en la verdad, la justicia y la reparación, lo es también el hecho de que la nación se queda corta ante la necesidad de hacer valer estrictamente tales requisitos.

En el proceso establecido con los desmovilizados, se exige la verdad como requisito, el cual los hace acreedores a una serie de beneficios en medio de su proceso judicial, sin embargo, la falta de garantías y pruebas concretas, hacen que la verdad sea contemplada como un sofisma más que se modifica de acuerdo con los intereses particulares, o colectivos de quienes dicen tener certeza sobre determinados hechos. La verdad se convierte en una verdad a medias por parte de quienes no quieren ser ajusticiados con todo el peso de la ley, por eso omiten datos de alto valor en medio del proceso de paz y desmovilización.

La justicia, por su parte, también tiene una serie de factores que conllevan a que su aplicación sea errónea. Si bien un individuo en medio de su versión libre omite una serie de actos criminales, la justicia –al no conocer realmente las condiciones

del sujeto en medio de sus actividades ilegales- entra a juzgar sobre la versión libre y la “verdad” dada por el judicializado. En consecuencia, el proceso queda fundamentado en datos falsos e incompletos y las sanciones no caen con el riguroso peso de la ley.

La reparación a las víctimas muestra serias falencias en cuanto a lo que realmente esperan de la justicia como castigo para quienes cometieron sobre ellas –o sus familiares- actos criminales. Por consiguiente, ¿es realmente justo que las víctimas perdonen y olviden cuando no hay garantía alguna para ellas?, ¿se convierte el perdón en garantía para superar los sufrimientos que padecen las víctimas gracias a sus victimarios? Posiblemente las respuestas a estos interrogantes estén salvaguardadas por un telón importante de negativismo. Sólo al reconocer el perdón desde la lógica arendtiana, será posible revisar otras posibles salidas a las aporías presentadas anteriormente. La ley recientemente aprobada sobre víctimas constituye realmente una burla a quienes han padecido el rigor de los actos criminales del paramilitarismo.

Arendt asume el perdón desde la acción. Sólo al absolver al sujeto que es acusado, es posible que se le genere la posibilidad de emprender de nuevo su vida. Sin embargo, se hace necesario, junto con el perdón, instaurar la idea de la promesa, puesto que quien es perdonado debe asumir la necesidad de demostrar un cambio en cuanto a las acciones que normalmente desempeñaba. El perdón se da entonces bajo la buena fe de la víctima y la inclinación moral que tal decisión trae consigo. Mientras tanto, el sujeto amparado bajo la lógica del perdón, debe demostrar tanto en el campo del discurso como en el de la acción un verdadero cambio. Tal cambio presupone desde Arendt la necesidad del nacimiento de un nuevo ser – y ciudadano – que evite sobremanera recaer en sus actos anteriores. La única forma que Arendt establece para reconocer el verdadero compromiso del perdón -promesa- por parte del victimario, es en el campo de la acción.

Es justamente en este aspecto en donde se encuentran algunas de las inconsistencias en cuanto al concepto del perdón, visto desde el pensamiento

político de Arendt, y en confrontación con la idea de perdón establecido en la Ley de Justicia y Paz colombiana. Si bien es cierto que la Ley 975 de 2005, se considera indispensable el hecho de que las víctimas perdonen a sus victimarios, también lo es que las garantías que se dan dentro de los procesos de desmovilización no conllevan, ni a la consecución de la verdad, ni a la reparación de las víctimas como condición necesaria tras la violación a sus derechos.

De la misma manera, el concepto de promesa que enaltece Arendt como condición efectiva y como garantía dentro de todo proceso de paz, aunque se encuentra contenido dentro de la Ley de Justicia y Paz en lo concerniente a la no reiteración de las acciones delictuales a manos de los desmovilizados, no es plenamente satisfactorio. Los desmovilizados, aunque se someten a los procesos de desmovilización y deben comprometerse – prometer – a aislarse de todo tipo de acto en contra de la sociedad, no cumplen con esta condición, es decir, no materializan la teoría de la ley en el campo de la acción y se limitan a seguir delinquiendo desde la tranquilidad que les da el asumirse como reinsertados que inician un proceso nuevo dentro de la sociedad civil y bajo las garantías que la ley les ofrece. Es necesario, entonces, que en Colombia se siga deteniendo y judicializando a individuos que cometen actos violentos, pero lo es aún más para aquellos que los siguen cometiendo en su calidad de personas directamente involucradas en los procesos de desmovilización. De nuevo se hace evidente la falta de correspondencia entre la formulación teórica y la aplicación directa en el campo de la acción de la Ley de Justicia y Paz.

3.2 HANNAH ARENDT: UNA MEDIACIÓN POLÍTICA EN LO CONCERNIENTE AL PERDÓN DENTRO DE LA LEY DE JUSTICIA Y PAZ

Bien es cierto que en la Ley de Justicia y Paz el concepto de perdón y su aliado, el olvido, denotan una clara falta de concordancia con la real y directa situación de

las víctimas. Aunque se encuentren congruentes, fallan en cuanto a la aplicabilidad de cada uno de los aspectos que son abordados por ellas.

Se pretende mediante este aparte, reconocer la validez del concepto del perdón y las características que –desde la filosofía política de Hannah Arendt- éste debe tener para cumplir cabalmente con su objetivo: propender por la reconciliación nacional entre quienes son considerados víctimas y victimarios.

Hannah Arendt, explica de manera oportuna cómo el perdón se gesta específicamente desde el campo de la acción y no simplemente desde el discurso pues éste, el discurso, puede emplearse inteligentemente para lograr obtener determinado fin. La acción representa entonces el momento en que el hombre desarrolla la capacidad que le es más propia y significativa, es decir, el ser libre. Así, la acción y el discurso se consideran como máximas dentro de la esfera pública y sólo son posibles en medio del contacto con los otros seres humanos:

Sin la acción para hacer entrar en el juego del mundo el nuevo comienzo de que es capaz todo hombre por el hecho de nacer, “no hay nada nuevo bajo el sol”; sin el discurso para materializar y conmemorar, aunque sea de manera tentativa, lo “nuevo” que aparece y resplandece, “no hay memoria”; sin la permanencia del artificio humano¹⁸, no puede haber “memoria de lo que sucederá en los que serán después (Arendt, 1993: 227)

La acción es para Arendt exclusiva del hombre y se establece desde la presencia con los demás, es decir, asume la necesidad de la pluralidad. Sólo en la acción es posible establecer un nuevo comienzo, una nueva vida desde una perspectiva en la que el ser humano, concebido como sujeto y no simplemente como objeto, emprende algo nuevo en medio de sus evaluadores, en medio de los otros. La

¹⁸ Entiéndase por *artificio humano*: El artificio humano del mundo separa la existencia humana de toda circunstancia meramente animal, pero la propia vida queda al margen de este mundo artificial y, a través de ella, el hombre se emparenta con los restantes organismos vivos. Cfr. ARENDT, Hannah. (1993) La condición humana. Buenos Aires. Paidós.

natalidad debe asumirse entonces desde la acción, es decir, que la promesa hecha es evaluada por el entorno en el que se desarrolla el ser humano que emprende su nueva historia; el hombre promete desde el discurso y cumple en el campo de la acción, en donde están sus evaluadores: los otros.

Ahora bien, si es desde la acción donde se gesta el perdón, cabe preguntar, ¿es también desde la acción desde donde parte la verdad, la justicia y la reparación? Siendo consecuentes con el tema del perdón, en tanto característica necesaria en el proceso de paz, se hace ineludible pensar su esencia desde el campo de la acción, para así evaluar de mejor manera el concepto desde un contexto específico: para nuestro caso, el territorio colombiano. La acción hace parte de la filosofía política, por lo tanto, se debe hacer hincapié en la filosofía práctica para comprender acertadamente los alcances de los conceptos que, desde el campo de la acción, se generan.

La acción y el discurso han de ser las garantías de todo proceso de paz y de justicia transicional. Sólo mediante la acción, los individuos pueden auto-representarse, valorar las acciones y los discursos que las complementan. La acción implica el reconocimiento de la intencionalidad por la que determinado sujeto lleva a cabo una serie de acciones con objetivos claros y constantes. Cuando se logra que el individuo asuma la posibilidad de representarse a sí mismo desde el campo de la acción, es posible emprender el verdadero camino del perdón. Éste, por su parte, exige un devenir, un proceso mediante el cual se adquiere la posibilidad de reconstruir la acción, reflexionar sobre ella y evaluar la condición humana como tal. Si bien un paramilitar se desmoviliza y se acoge a la Ley de Justicia y Paz, debe entonces demostrar desde el campo de la acción y del discurso, inseparables para Arendt, su plena identificación como sujeto criminal, para que pueda haber verdadera reconstrucción de las acciones que emprendió desde su pertenencia en los grupos alzados en armas. Así se expresa al respecto Hannah Arendt:

Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia. El descubrimiento de “quién” en contradistinción al “qué” es alguien –sus cualidades, dotes, talento, y defectos que exhibe u oculta- está implícito en todo lo que ese alguien dice y hace (Arendt, 1993: 203)

Quien decide desde el proceso de Justicia y Paz otorgar el perdón hacia otro ser humano – el victimario – es la víctima. Pero el perdón hace parte de la acción humana y, en tanto tal, está directamente influenciado por el rasgo intersubjetivo de toda acción, de tal manera que el perdón no establece sólo la relación entre víctimas y victimarios, sino que cobija también a la sociedad en su conjunto. Un perdón operante sólo entre víctimas y victimarios y que deje por fuera a la sociedad, no cumple a cabalidad con la plenitud de todo acto de perdonar, el cual exige que todo el colectivo social haga suyo el proceso transicional de justicia y paz, sobre la base de la no impunidad y la no repetición de los hechos criminales de lesa humanidad.

Si bien se pretende generar justicia sobre el victimario, el perdón viene a ser la muestra de un castigo ejemplar que rebaja la pena máxima en los códigos, sin llegar a eliminarla, con el fin de que haya justicia. Así mismo el castigo debe estar en correspondencia con una debida justicia que garantice formas racionales de penalización, que preserve la vida y promueva el respeto por los derechos humanos de todos. En este sentido, el perdón no es la carencia o ausencia de justicia, ni tampoco que la justicia sea la conveniencia del más fuerte. Se trata entonces de pensar en el perdón como un principio moral alejado de la venganza y de las mismas acciones criminales hacia el futuro.

Desde la Ley colombiana de Justicia y Paz, se requiere entonces que el victimario también actúe desde la plena sinceridad y reflexión moral, para que así se dé la

concordancia entre las partes de ese todo denominado perdón, puesto que, sólo desde el campo de la acción, el individuo se preconice a sí mismo y preconice a los demás como fines y no simplemente como medios. Sólo así es realmente posible el perdón, algo que impide generar beneficios para unos –los victimarios- y el olvido para los otros –las víctimas-.

El perdón, al igual que la verdad, requiere de una verdadera convicción personal. Si ésta no se da, cualquier intento de perdonar fracasa. Éste es otro de los aspectos que no se aclaran en la Ley de Justicia y Paz, puesto que, aunque el perdón se piense desde hechos estrictamente políticos, interviene de manera importante la concepción personal de los individuos que entran a formar parte de la lógica de la ley transicional. De acuerdo con lo anterior, el perdón, el discurso, la verdad, la justicia y la reconciliación, deben estar fundamentados en la lógica del bien común, como principio activo que permite la convergencia de la diferencia para la coexistencia pacífica. Y esto sólo se logra mediante la implementación de los preceptos morales aludidos.

Arendt se orienta hacia la necesidad de buscar la real y efectiva correspondencia entre el perdonado y quien le perdona –o utilizando la lógica de la Ley de Justicia y Paz, la correspondencia entre el victimario y la víctima- bajo la premisa de las mismas condiciones humanas y la asimilación de la sociedad como un verdadero todo que requiere la buena disposición de sus partes para mantenerse a flote. En consecuencia, el perdón solamente es posible de alcanzar dentro del campo de la acción y el discurso, es decir, mediante la necesidad de conocer la verdad desde la interlocución del victimario y su declaración de las acciones cometidas en su pasado criminal. Pero, para poder perdonar y generar efectivamente procesos de paz, se hace necesario no perder el horizonte y motor fundamental de las acciones humanas: la libertad. Si el victimario no hubiese hecho uso de su libertad, seguramente no habría cometido acciones ilegales y si la víctima no actuara desde su libertad, seguramente no perdonaría a quién le causó daño. Así se establece que la acción es irreversible, los actos permanecen y no se pueden

deshacer sus daños o consecuencias. Sin embargo, existe una posibilidad que supera esa irreversibilidad de la acción: el perdón. Así lo estipula Arendt:

Aquí el remedio contra la irreversibilidad y carácter no conjeturable del proceso iniciado por el actuar no surge de otra facultad posiblemente más elevada, sino que es una de las potencialidades de la misma acción. La posible redención del predicamento de irreversibilidad –de ser incapaz de deshacer lo hecho aunque no se supiera, ni pudiera saberse, lo que se estaba haciendo- es la facultad de perdonar (Arendt, 1993: 256)

Con esto, Arendt indica que perdonamos porque aquello que hemos hecho en la práctica, ya no se puede deshacer. El perdón viene a ser así el bálsamo que cura las heridas abiertas por el mal que hemos realizado sobre otras personas. En Colombia, los actores de genocidios, extorsiones y crímenes de lesa humanidad, hayan venido de donde vinieren, deben, una vez superado los retos éticos y políticos que nuestra implacable violencia demanda, perdonarse con la convicción más fuerte posible, como forma de que sus protagonistas se hagan responsables de sus consecuencias, reparen a las víctimas, paguen por sus hechos, aún dentro del perdón concedido y se comprometan a no volverlos a repetir.

La acción y el discurso representan para Arendt, la individualidad del hombre, su verdadero “yo”, enfrentado con los otros, gracias a lo que hace y dice. Sin embargo, su acción y la intervención de su oralidad y comunicabilidad, están ligadas a la imposibilidad de revertir sus hechos y decires. Ante tal paradigma, la única manera en la que el ser humano puede resarcir el posible daño causado por sí mismo y sus acciones a otros, debe estar bajo los parámetros de un perdón bien fundamentado, desde la condición humana, como lo propone Hannah Arendt.

Como la acción promueve desde sí la imposibilidad de revertir su proceso y adopta la característica de irreversibilidad, surge, dice Arendt, la necesidad y viabilidad del perdón, como fundamento liberador del hombre que actuó mal. Al

perdonar, o ser perdonado, se restablece la posibilidad existencial del individuo, se le permite resarcir los daños causados por su actuar en el pasado y la posibilidad de emprender algo nuevo y humano desde el presente con miras hacia el futuro. Pero, agrega Arendt, si bien es cierto que la acción adquiere el carácter de irreversibilidad, también es cierto que no se tienen totales garantías de que, una vez establecida la acción del perdonar, el individuo que fue perdonado de su culpa, deje por completo las acciones por las cuales pasó a ser perdonado. La acción, por su parte, mediante el perdón, elimina el carácter de permanencia del acto. Pero ¿cómo se elimina la imposibilidad de predecir la efectividad del perdón? Pues bien, Arendt establece desde el acto de la promesa esa posibilidad de predecir la permanencia del perdón, pues si el individuo perdonado no cumple, deja de mantener su identidad de perdonado, dado que la promesa se hace ante los demás, igual que el perdón, puesto que hacen parte de la acción y, ésta a su vez, se desarrolla dentro de la esfera pública, como enfatiza permanentemente la autora a lo largo de su vasta obra.

De esta manera, el perdón ratifica la posibilidad de un nuevo comienzo y, recordemos, que para Arendt la natalidad es efectivamente la posibilidad de cambiar el destino o la predestinación de la existencia humana; es facilitar la modificación de la vida del hombre, sacarla de su premeditado final y emprender una verdadera génesis, desde donde pueda proyectarse.

Esta es la misma pretensión teórica de la Ley de Justicia y Paz; establecer un nuevo comienzo, tanto para víctimas como para victimarios, en aras a generar un futuro diferente para la sociedad colombiana en general. ¿Dónde está el error? Pues bien, Arendt asume la necesidad del perdón y la promesa desde la concepción estrictamente moral y teológica que atañe a los seres humanos bajo un supuesto específico que es la promesa por parte de quienes han sido absueltos en la lógica del perdón. Sin embargo, si se asume en realidad la naturaleza humana, ésta no es una garantía de la que sea posible fiarse al retomar la

tendencia de los seres humanos a ser individualistas y a no comprometerse con la pluralidad.

Sólo mediante un sincero y determinante cambio presupuesto desde el individuo y su relación con los otros, es posible sacar a los hombres del proceso existencial normal y dialéctico en el que se encuentran insertados y que les conlleva a la muerte. Arendt promueve un gesto de hermandad que permite al individuo, desde su arrepentimiento, iniciar un nuevo proceso existencial, es decir, resucitar desde el lecho de culpable y judicializado. Así Arendt concibe el nacimiento –la natalidad– como la única posibilidad que se contempla como el desvío perfecto que cambia el rumbo de la vida puesto que:

El lapso de la vida del hombre en su carrera hacia la muerte llevaría inevitablemente a todo humano a la ruina y destrucción si no fuera por la facultad de interrumpir y comenzar algo de nuevo, facultad que es inherente a la acción a manera de recordatorio siempre presente de que los hombres, aunque han de morir, no han nacido para eso sino para comenzar (Arendt, 1993: 265)

La acción, y con ella el poder de perdonar y de prometer, permite cambiar la historia de los individuos y, así mismo, de las sociedades. Sin embargo, dentro de la Ley de Justicia y Paz, implementar un principio moral que permita el perdón, la justicia y la reparación –tal y como lo asumía Arendt– exige compromiso de los seres humanos y una verdadera formación axiológica, que por ningún lado se ve en ella. Lo anterior resulta difícil de pensar e implementar, puesto que la sociedad contemporánea, al estar determinada por el hedonismo la irresponsabilidad y el materialismo capitalista, pocas veces logra asumir la verdadera noción de bienestar común y de responsabilidad individual, ni mucho menos perdonar con la entereza moral de una promesa, en donde se garantice que estos actos dañinos no volverán a cometerse. La responsabilidad en un proceso transicional es tripartito: gobierno, sociedad, víctimas y victimarios.

Por eso vemos, por ejemplo, que desde el gobierno se encuentran casos de incumplimiento a compromisos pactados con los desmovilizados de las AUC según lo demuestran quejas hechas ante los medios de comunicación nacionales; consecuentemente, y por el lado de estos actores armados, la política por ellos asumida de no entregar totalmente su equipamiento militar, no decir toda la verdad, esconder bienes mal habidos al fragor de la guerra y no reparar material ni moralmente a sus víctimas, generan el agravante de haber dejado escuadrones armados que han continuado bajo otras formas de vinculación con el narcotráfico y la realización de actos criminales contra la población, incluyendo, por su puesto, las víctimas de quienes se desmovilizaron, pero que al seguir exigiendo verdad y reparación, son blanco de las manos asesinas de aquellos que han retomado las banderas del paramilitarismo.

Por otra parte, al extraditar el gobierno a Estados Unidos a los principales capos desmovilizados, pero encarcelados en los panópticos del país, dificultó enormemente que confesaran sus crímenes aquí en Colombia, dijeran toda la verdad, hicieran conocer sus tentáculos con la política y la economía nacional y denunciaran sus bienes, con lo cual se hizo una burla a sus víctimas y se evitó que se conocieran hasta dónde estaba -o está- comprometido el sector político del país con estas mafias genocidas, incluso el mismo gobierno.

Al intentar, pues, reconciliar la Ley de Justicia y Paz, y su fundamento del perdón con la filosofía política de Hannah Arendt y sus concepciones acerca de éste, las contradicciones o falencias de la ley se hacen patentes. La necesidad de reformar una sociedad en donde las múltiples manifestaciones de la violencia generalizada la han llevado a una crisis tal de valores, que indican ser no cosa de poca monta, resulta ser una tarea difícil y llena de posibles contradicciones. La Ley de Justicia y Paz, tal como fue concebida y está siendo aplicada, representa una imposibilidad por su propia regulación en cuanto al logro de la verdadera paz y de la democracia que quiere el país.

3.3 DEL MAL ABSOLUTO A LA BANALIDAD DEL MAL EN EL CONTEXTO COLOMBIANO

Nuestro interés por apartes de la obra de Hannah Arendt tiene que ver con la crisis política que tenemos actualmente en nuestro país. El hecho de que esta pensadora se viera obligada, por causa de su origen judío, a emigrar a principios de los años cuarenta del siglo XX a Estados Unidos, como tantos compatriotas suyos por la persecución nazi, concede a su texto *Los Orígenes del Totalitarismo*, un especial atractivo para esta monografía.

El tono general del libro y su afirmación de que las formas nazi y comunista de gobierno totalitario eran esencialmente las mismas, no dejaron de causar hondas polémicas, como aquella de que con esa tesis no hacía la autora otra cosa que contribuir al discurso de la Guerra Fría, por aquel entonces característico del anti totalitarismo estadounidense.

La idea que Hannah Arendt sostiene en el libro de que el totalitarismo no es el último episodio en la historia de las tiranías, sitúa a la autora en la vigencia histórica, pues desde ella podemos hacer lecturas de realidades sociales y políticas presentes en la actualidad.

Muchos de los incidentes que provocaron sus pensamientos estuvieron relacionados en forma directa con su intento por comprender lo que parecía atroz e inaudito, el holocausto, por ejemplo. Hoy nos llama la atención a nosotros no sólo la magnitud de la violencia en Colombia y sus formas de manifestación, sino lo atroz e inaudito de ella, en lo que respecta a los crímenes de lesa humanidad. Es por eso que Hannah Arendt se corresponde como un marco de referencia teórico acertado para el propósito de esta monografía.

A Hannah Arendt la marcó mucho el totalitarismo del siglo XX, especialmente el totalitarismo nazi, como a nosotros nos marca el conflicto armado que ha vivido el país por más de cuarenta años. Hannah Arendt se preocupó por desentrañar las raíces de lo que se llamó el “Mal absoluto”. Absoluto, en la medida en que ya no puede deducirse de motivos humanamente comprensibles, dice la autora, aunque sin el fenómeno que lo produjo, es decir, sin el totalitarismo, no habríamos conocido la verdadera naturaleza radical del mal, señala Hannah Arendt.

Nosotros podríamos decir lo mismo: en Colombia, los crímenes y atentados de la guerrilla y del paramilitarismo han inundado e inundan de sangre, odio, venganza, torturas, desconsuelo, etc., al suelo patrio con un mal también ya absoluto o radical, en el sentido de que no encontramos motivos humanos que permitan comprender tanta violencia. Aunque como lo fue para la pensadora Alemana, el totalitarismo de su época, sin los horripilantes crímenes, extorsiones y genocidios cometidos por la guerrilla, paramilitares y fuerzas regulares del Estado, acompañado de “falsos positivos”, “chuzadas” e interceptaciones ilegales a jueces, magistrados, políticos y miembros de la oposición, no habríamos conocido la verdadera naturaleza radical o absoluta del mal que carcome a la sociedad colombiana.

La situación de criminalidad ha llegado a ser tan honda que toda esta serie de situaciones hicieron decir al Fiscal General de la Nación, ante la comprobación de que en muchos de estos hechos está comprometido el Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, institución que depende en forma directa de la Presidencia de la República, que esa atmósfera “hiede”; según versión de prensa. (El Espectador, domingo 24 de mayo, pág.5).

Si tomamos con seriedad algunos planteamientos de Hannah Arendt, hay que preguntarnos si sus reflexiones sobre lo que ella llama el mal (léase crímenes de lesa humanidad), no siguen siendo relevantes para nuestros intentos de entender aspectos de la violencia colombiana y de la Ley de Justicia y Paz, con que los

gobiernos de Uribe Vélez han querido ponerle fin a esta violencia, por lo menos con unos de sus actores armados, el paramilitarismo. Sabemos que lo que vivimos en nuestro mundo, es diferente al mundo que vivió Hannah Arendt. Empezando, porque podemos estar viviendo tiempos difíciles oscuros y de mucha violencia, pero no vivimos bajo el tiempo del totalitarismo que ella vivió. Sostendremos sin embargo, que las reflexiones de Hannah Arendt sobre el mal, tienen importancia para la situación actual que experimenta Colombia y pueden servir como correctivo de algunas descuidadas formas de tratar nuestros males.

Fijaremos nuestra atención en tres problemas arendtianos, en primer lugar, pondremos en consideración la advertencia de Hannah Arendt sobre la introducción de absolutos (bien y mal) en política. En segundo término, diremos que su apreciación del mal radical, en el sentido en que hace al ser humano “superfluo” como ser humano, es importante para entender nuestra situación sobre crímenes de lesa humanidad en Colombia, con población desplazada y violación de derechos humanos. En tercer lugar, tomaremos sus reflexiones sobre lo que ella llama “banalidad del mal”, para desde allí intentar entender nuestros males y la responsabilidad que nos compete en el mundo burocrático y globalizado de nuestros días.

Pero antes, comenzaremos nuestro resumen con las anotaciones de Arendt sobre el bien y el mal. Entiende la bondad y el mal absoluto como bondad y mal que están más allá de la virtud y el vicio comunes y corrientes. Lo absoluto, dice Hannah Arendt, condena a todo el mundo cuando se introduce en el ámbito de la política. Esta anotación se corresponde muy bien con la corrupción de la política en Colombia a lo largo del siglo XX, pero en especial con la acaecida en las últimas décadas. Desde el recrudecimiento de la violencia a partir del asesinato del caudillo Jorge Eliécer Gaitán, los colombianos somos testigos de un abuso del mal, para usar la expresión de Arendt, y de una división simplista entre el bien y el mal absoluto. La curiosa doctrina uribista ha dividido al país, polarizándolo, entre un bien absoluto, representado por la “seguridad democrática” que incluye

cohesión social y confianza inversionista y, un mal, también absoluto, representado por el terrorismo de todo tipo; la misma dicotomía que plasmó el presidente Bush: guerra santa y justa contra el eje del mal, el terrorismo internacional.

Esta prédica del bien y del mal, maniqueísmo puro, muestra una mentalidad peligrosa, entusiasmadamente atraída por los absolutos, por manifiestas divisiones simplistas y por pretendidas certezas morales. En la llamada guerra contra el terrorismo, tanto Bush como Uribe Vélez, convierten equivocadamente en signos de debilidad e indecisión política cualquier asumo de búsqueda de acuerdos con los actores armados, incluyendo los de tipo humanitario, pues al enemigo principal hay que liquidarlo. Claro está, que esto último va sobre todo para la guerrilla, ya que con los paramilitares el tratamiento ha sido otro de más benevolencia en el caso colombiano, como lo demuestran los esguinces que se le han hecho a la ley de Justicia y Paz, para que estos grupos armados resulten favorecidos de distintas maneras.

Si se piensa que la política requiere de juicio, de formular opiniones reflexivas y de deliberación en búsqueda de acuerdos razonables, como sostiene Hannah Arendt, este discurso sobre el mal absoluto resulta entonces anti- político y manifiestamente corruptor de la política. En efecto, toda esta andanada sobre el bien y el mal, de guerras justas contra ejes del mal, se utiliza como arma ideológica para apartar todo tipo de pensamiento crítico y anular cualquier posibilidad de discusión reflexiva y seria.

El papel ideológico que juega este discurso sobre “los malos”, los responsables del “mal”, “y el eje del mal”, resulta exitoso para despertar miedos y ansiedades en la gente, pero corrompe la política. Las reflexiones de Arendt sobre la política hablan de la potencialidad humana enraizada en la pluralidad y sirven como modelo crítico para juzgar la política realmente existente. Ella afirma y deja claro que la política incluye el juicio, el debate y una libertad pública que exige que los

seres humanos actúen y hablen como seres iguales. Un aporte importante de Hannah Arendt consiste en señalar que es perjudicial para la política la irrupción de los absolutos – el bien y el mal absolutos-. Si bien los absolutos resultan dañinos cuando se introducen en la política, de ahí no deduce la autora que se deba hacer a un lado el carácter del mal, mucho menos en nuestra época podemos dejarlo por fuera, añadiríamos nosotros.

Pero, ¿Qué quiere significar Hannah Arendt con la expresión “mal” y “mal absoluto”? Hemos encontrado que esta autora sigue varias opciones en su discusión sobre el mal radical o absoluto. El más comentado es quizás aquel en que ella ubica en el centro del mal radical, el hecho de “convertir a los seres humanos en “seres humanos superfluos”, es decir, no necesarios, inútiles.

Hannah Arendt encuentra que la tradición occidental está afectada por un preconceito: el de que las peores cosas que los humanos podemos hacer derivan del vicio o del egoísmo. Pero en su estudio termina aceptando que el mal más atroz, o mal radical o absoluto como lo llama, no tiene nada que ver con aquel mal humanamente entendible. Aunque Hannah Arendt reconoce no saber en qué consiste el mal radical, parece que lo relaciona con el fenómeno de convertir a los seres humanos en seres humanos superfluos. Esta caracterización arendtiana es muy fuerte, porque establece el uso de los hombres como medio para un fin, lo que según ella, no dejaría intacta su esencia como humanos, por cuanto atentaría no únicamente contra su dignidad humana, sino que más bien el mal atroz indica su transformación en “superfluo” como seres humanos. El mal radical o atroz ocurre cuando se elimina la impredecibilidad, que en los humanos es, para la autora, el equivalente de la espontaneidad.

Hechos sucedidos en Colombia tales como genocidios, “collar bombas”, jugar fútbol con la cabeza de humanos recién asesinados, la utilización de motosierras en las torturas a supuestos enemigos del paramilitarismo o de la guerrilla, cilindros detonantes lanzados contra sectores sociales y demás aberraciones de muerte y

exterminio, son hechos donde las víctimas, más que ser utilizadas como medios para determinados fines políticos, son reducidas a niveles menos que humanos, que es lo que Arendt califica como de conversión a seres humanos superfluos, es decir, no necesarios, inútiles.

Se puede entender así que la idea de Hannah Arendt sobre el mal radical sea importante para nuestra lectura de la actual violencia en Colombia. Es un concepto relevante para nosotros en la actualidad. Vivimos en medio de genocidios, asesinatos masivos y torturas sádicas, que están llegando o han llegado al intento sistemático de transformar la naturaleza humana en algo no humano esa situación tan aterradora descrita por Hannah Arendt y Primo Levi. El mal radical es para nuestra autora el estadio final del proceso de convertir a los seres humanos en superfluos. ¿Debemos esperar nosotros a que ese final llegue con más fuerza destructora a nuestro país?

El tema de la conversión de los seres humanos en “superfluos” como consecuencia del mal absoluto - para Hannah Arendt el holocausto – recorre toda la obra de los Orígenes del Totalitarismo como un hilo conductor. Allí, en el capítulo “La decadencia del Estado-Nación y el fin de los derechos del hombre” nos dice que la situación de parias es “el más reciente fenómeno de masas en la historia contemporánea, y donde afirma que la existencia de una creciente clase de gente conformada por personas que carecen de reconocimiento por parte del Estado es el hecho más sintomático de la política contemporánea (Arendt, 1999: 277)

Esto que Hannah Arendt escribió hace más de cincuenta años es aún más relevante en nuestro tiempo. Un paria en nuestros días es una persona no protegida por ninguna ley ni por ninguna convención política. La afluencia de masas humanas desplazadas que se da en Colombia, es un mal que ellos viven y que los hace superfluos, según la caracterización arendtiana. La recurrente creación de desplazados en Colombia atenta contra los derechos humanos y los

somete a la condición de parias, pues al carecer de gobierno quedan convertidos en seres por debajo de sus derechos mínimos y, aquellos que fueron vilmente asesinados, no fueron considerados siquiera humanos en el sentido estricto de la palabra, ya que no hubo autoridad que los protegiera ni institución alguna que deseara garantizarles sus derechos. Es esta la condición en la que se llega a ser superfluo. Por eso Arendt recalca que el más fundamental de los derechos es el derecho a tener derecho, o sea, el derecho a pertenecer a una comunidad política que proteja y garantice los derechos de la persona como ciudadano.

3.3.1 De los Orígenes del Totalitarismo a Eichmann en Jerusalén

Tras la publicación de otra obra de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, y de su intercambio epistolar con Gershom Scholem, esta autora reconoce que el mal nunca es “radical” o “absoluto”, como si ella misma se volviera en contra de lo sostenido en *Los Orígenes del Totalitarismo*. En efecto resulta que el mal es solamente extremo y algo que se expande y devasta al mundo entero por que se difunde “como un Hongo”.

Sobre esta nueva mirada arendtiana del mal han surgido varias lecturas: Richard Bernstein en su libro *Hannah Arendt y la Cuestión Judía*, 1996, sostiene que esta nueva declaración de la autora es errática por que da a entender que abandona la manera en que había descrito el mal radical en *Los Orígenes del Totalitarismo*, donde enfatiza que ese mal hacía de los seres humanos seres superfluos. En la nueva visión el mal es algo banal, es decir trivial, algo que se convierte en rutina.

El mismo comentarista de Arendt, Richard Bernstein, en otra obra, *El Abuso del Mal*, 2005, da marcha atrás a lo anteriormente dicho, señalando que quizás Hannah Arendt nunca repudió su análisis originario del mal. Más bien, dice este autor, cambió de metáfora: de las “raíces” del mal, pasó a la del “hongo”, porque le pareció más apropiada en el sentido de que un Hongo es un organismo que

rápidamente se expande sobre una superficie. De esta manera, el mal dejaría de ser radical, absoluto, en el sentido de ser algo más allá de la virtud y el vicio común y corriente, para convertirse en una banalidad.

Sin embargo, Richard Bernstein nos dice: la banalidad del mal no sólo es compatible con el mal radical que hace superfluos a los seres humanos; también nos permite entender cómo asesinos de escritorio como Eichmann lo llevaron a cabo con tanta eficiencia”.¹⁹ De todos modos, hay que explorar mucho más en que consiste esta idea arendtiana de la banalidad del mal. Precisamente, la expresión “banalidad del mal” es una de las razones por las cuales el escrito *Eichmann en Jerusalén* despertó, y despierta aún, tanta discusión.

Con la idea de la banalidad del mal, Arendt intenta cuestionar esa vieja postura moral y legal que dice que la gente que incurre en hechos de maldad debe tener motivos suficientes fundados en la maldad, y que, por lo tanto, son personas viciosas, sádicas, malas, demoníacas, patológicas. Sin embargo, en el juicio a Eichmann observó que este sujeto no era un monstruo sádico o enfermo mental, como intentaba definirlo el fiscal del caso. Eichmann era para Arendt, un ser “horripilantemente normal”.

En el análisis que de este personaje hace en su libro *Eichmann en Jerusalén*, Eichmann es presentado como “un nuevo tipo de criminal que comete sus crímenes en circunstancias que hacen casi imposible para él, saber o sentir que está haciendo algo malo” (Arendt, 2005: 276). Lo que le parece a Hannah Arendt es que los actos cometidos por Eichmann fueron monstruosos y que por esto merecía la horca, pero sus motivos e intenciones eran banales, es decir, comunes, triviales.

¹⁹ Cfr. su discusión del mal radical y de la banalidad del mal en *Hannah Arendt y la Cuestión Judía*

La “banalidad del mal” no la utiliza Arendt para referirla a los actos de Eichmann, pues fueron realmente atroces. La “banalidad del mal” se refiere más bien a los motivos e intenciones que tuvo para cometerlos. Con tal expresión quiere indicar que gente normal con motivos e intenciones banales pueden cometer crímenes horrendos y acciones malvadas. Ahora bien, quitarle el calificativo de monstruo a Eichmann no significa exonerarlo de su responsabilidad por los actos criminales que llevó a cabo, ni que hubiera sido una mera rueda dentro del engranaje burocrático de la maquinaria criminal nazi.

La enseñanza que quizás le dejó a Arendt el holocausto hitleriano, fue la de aprender a que seres “horripilantemente normales” y sin malas intenciones pueden cometer los crímenes mas atroces. Arendt nos muestra que si realmente queremos entender lo nuevo y particular del mal de nuestro tiempo, no podemos seguir confiando en la noción tradicional de que los actos malvados y repugnantes son cometidos siempre por personas con malas intenciones, y que los hechos horripilantes son siempre causados por monstruos. De alguna manera, la idea tradicional del mal, dice Hannah Arendt, es una idea tranquilizadora y en cierta forma, reconfortante, puesto que aleja el mal de la vida cotidiana. En este segundo momento reflexivo arendtiano, gente normal puede cometer asesinatos masivos, o planearlos.

Cuando en pleno siglo XXI nos encontramos con refugiados, desplazados, víctimas de “limpieza étnica”, racismo, fundamentalismos políticos y religiosos, crímenes de lesa humanidad y descarados atropellos a los más elementales derechos humanos, tenemos que decir que Eichmann aparece cada vez más como un hombre de nuestro tiempo. Aquí en Colombia tenemos a los Castaño, a los “Tirofijo”, a los Mancuso, a los don Berna, Jabón, HH, y demás alias que metieron al país en una guerra atroz que parece no tener fin y que siendo hombres normales determinaron los actos más atroces, a través de subalternos que operaban u operan como funcionarios del paramilitarismo o de la guerrilla.

Esta es la primera lección de la banalidad del mal: no se tiene que ser un monstruo para cometer actos horrendos y sádicos. Gente normal en la vida diaria, ciudadanos decentes, incluso líderes políticos, o aspirantes a serlos, convencidos de la rectitud y la legitimidad de sus causas, pueden incurrir en la comisión de actos monstruosos. Sin embargo esto no mitiga la imputabilidad y la responsabilidad de los autores de estos actos.

Sin embargo, nos encontramos con otro discurso sobre el bien y el mal, que constituye un retomar la concepción primitiva y mítica del mal, donde el mundo se divide entre fuerzas del mal y fuerzas del bien. Las del mal son demoníacas y satánicas; las del bien son inocentes y virtuosas. Esta concepción fue la que hizo decir al presidente Bush el 11 de septiembre: “hoy nuestra nación vio el mal”. Hoy, cuando descubrimos los abusos terribles ocurridos en Guantánamo, Abu Ghraib y otras prisiones; cuando nos enteramos que funcionarios estadounidenses planearon justificaciones para “legalizar” la tortura; cuando vemos en Colombia los hechos ocurridos con los llamados “falsos positivos”, las “chuzadas” a teléfonos de sectores de la oposición por parte de entidades gubernamentales etc., etc., la noción de “banalidad del mal” de Arendt adquiere enorme importancia para entender tanta maldad en nuestro tiempo.

Hannah Arendt nos da elementos teóricos para encarar difíciles y dolorosos problemas sobre el significado del mal en el mundo contemporáneo, con la facilidad con la cual los hombres se hacen superfluos y las formas sutiles de complicidad que acompañan a los actos asesinos. Lo que se ve ahora es que infortunadamente estos temas no son algo restringido a la barbarie nazi: ahí tenemos la limpieza étnica en los Balcanes, los genocidios de Ruanda, el terrorismo Al Qaeda y las masacres en nuestra querida Colombia. La barbarie esta entre nosotros y requiere que luchemos contra ella una y otra vez.

El mal radical como lo muestra Hannah Arendt, elimina la espontaneidad y la imprevisibilidad propia de los hombres, reduciéndolos a seres que reaccionan ante

estímulos, por eso, el mal radical conduce a una dominación total que, según nuestra autora, hace superfluos a los hombres mismos. Como hemos visto el mal radical se refiere al mal que consumó el nazismo, particularmente en los campos de concentración y exterminio que constituyen el símbolo de la dominación que el régimen quería instaurar en la sociedad en general.

La “banalidad del mal” en cambio, se remite a las motivaciones, de aquellos que cometieron esos crímenes. La tesis de la banalidad del mal sostiene que los actos fueron monstruosos, pero el agente es un hombre común y corriente, ni demoníaco, ni monstruoso. Presenta convicciones ideológicas, pero no cree estar cometiendo hechos malignos. En Colombia tenemos los casos últimos de los hermanos Castaño, de Mancuso, de alias HH, y muchos más que a quienes vemos como hombres corrientes, comunes, pero que fueron determinadores de las muertes más atroces. Mancuso, por ejemplo, hijo de una familia adinerada de Córdoba, bachiller de uno de los mejores colegios de la región, con cursos de ingeniería mecánica en la Universidad Javeriana, permanencia en Estados Unidos por algunos años, piloto aficionado, ganadero, terrateniente, y casado con una señora descendiente de una familia francesa muy prestante en la sociedad de Montería, padre de familia y finquero consagrado. Sin embargo, este paramilitar Mancuso fue capaz de determinar la masacre de Mejor Esquinas en Córdoba, un sábado Santo, cuando la gente se encontraba departiendo en una fiesta comunal, con lista en mano, sus sicarios fueron sacando una por una a las víctimas, y delante de todos las fusilaron a sangre fría y sin ningún tipo de contemplaciones. La masacre fue de 32 individuos considerados por Mancuso como auxiliadores de la guerrilla.

Cuando el mal se banaliza, dice Arendt, se expande rápidamente y alcanza estas dimensiones, donde sus autores creen estar haciendo bien, incluso, con los actos mas atroces. La noción de mal absoluto queda referida en Arendt a los crímenes del nazismo, que fueron males que esta autora considera que trascendieron la

muerte, aniquilaron la espontaneidad, tendieron a la dominación total y resultaron imperdonables e incastigables por sus dimensiones.

El mal se banaliza cuando los hombres comunes y corrientes bajo determinadas circunstancias, pueden convertirse en criminales de la peor ralea. Este hecho se da, sobre todo, cuando se genera entre los hombres comunes y corrientes una despreocupación por los asuntos públicos para recluirse en la vida privada de sus intereses particulares. Estos hombres son capaces de aceptar como trabajo el hecho de cometer crímenes, sin sentirse un asesino. Los sicarios de Antioquia que mataban por una paga, tomaban el encargo como algo normal, como un empleo, por eso rezaban al santo de su devoción antes de su cometido para que le fuera “bien” en el operativo. El motivo para aceptar la comisión del crimen era reunir dinero para comprarle una casa a su mamá. Estos son casos de la “banalidad del mal” arendtiana.

Para Hannah Arendt, el nazismo perfeccionó y aplicó en Europa las técnicas criminales en masa, porque la época moderna configuró dos condiciones: por un lado, hizo emerger al hombre-masa desvinculándolo de lo público y, por otro lado, hizo aparecer mecanismos e instrumentos de matanza en serie y de forma despersonalizada, en el sentido en que el hombre-masa puede invisibilizarse en el colectivo y poner a resguardo su responsabilidad por los crímenes cometidos. La tesis de la banalidad del mal no podría comprenderse sin el contexto de la modernidad. Esto no niega la comisión de delitos graves y altos en número, en épocas pasadas, pero los de ahora tienen las características descritas, que son muy específicas.

En el caso Eichmann, por ejemplo, Arendt observa un hombre-masa que actuó no estúpidamente sino gracias a su incapacidad de pensar.

En ningún momento, por supuesto, hemos querido desconocer lo específico del horror nazi que describe y analiza Hannah Arendt y los actos criminales de lesa

humanidad cometidos por los actores armados en Colombia. Lo que hemos querido decir es que categorías arendtianas tales como el mal radical, y banalidad del mal nos sirven para la lectura que todos estamos llamados a hacer de la violencia actual que Colombia.

4. CONCLUSIONES

Al terminar la profundización y el respectivo estudio del perdón desde la lógica Arendtiana y desde la esfera jurídica bajo el análisis de la Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz) se pueden establecer como determinantes los siguientes parámetros:

El mal radical o absoluto que avizó Hannah Arendt en pleno desarrollo de la ideología nazi, también está latente en el territorio colombiano bajo la figura de las acciones criminales por parte de los grupos al margen de la ley. Sin embargo, en Colombia el mal absoluto viene acompañado por la corrupción dentro del mismo campo político que fundamenta la razón de ser de la política pública y que recae en un debilitamiento significativo de un Estado al que se le miente a diario, y donde él mismo miente. Por tal razón, la sociedad colombiana requiere de un proceso de paz que no sea tan laxo en su estructura jurídica y que permita un castigo por los actos cometidos en contra de la humanidad; que sea aceptado por las víctimas y la sociedad en general; que se conozca enteramente la verdad; que haya el perdón debido; la promesa de no reincidencia y se guarde en la memoria histórica el recuerdo de lo sucedido, pero como algo totalmente superado, para que no vuelva a repetirse.

El mal radical se convierte, como también lo pone de manifiesto Hannah Arendt, en banal cuando los argumentos bajo los que se cometen los actos violentos en contra de la sociedad civil y militar no tienen un fundamento claro. En Colombia no son personas malas las que emprenden las acciones criminales, ni mucho menos, son personas faltas de criterio o nivel intelectual. Sencillamente las condiciones a las que se ve expuesto el ser humano hacen que, por convicción o sencillamente por necesidad, cualquier ser humano se convierta en uno de los peores o más reconocidos criminales. Esta es precisamente una de las consecuencias de la sociedad posmoderna en donde se ha perdido el horizonte de lo social para centrar toda actividad en el plano de la individualidad y el egoísmo. De tal manera, se puede determinar que las condiciones sociales y el contexto en el que se ha

venido desarrollando la existencia de los individuos dentro del territorio nacional, se ha convertido en uno de los factores que ha incrementado las manifestaciones de la violencia, el desarraigo a la patria y, con ello, toda clase de crímenes.

Para que se pueda superar el conflicto armado en Colombia, se debe implementar un modelo jurídico de corte transicional que permita la reconciliación entre las víctimas y victimarios. Toda Justicia transicional requiere una renuncia -aunque sea mínima- de los parámetros que establece la Justicia ordinaria. En el caso de la Ley de Justicia y Paz y las garantías que desde su aplicación se da a quienes a ella se acogen, conllevan tajantemente a la flexibilización judicial. Tal hecho se hace evidente en Colombia, en las rebajas casi impensables por crímenes significativos de lesa humanidad que caen en la impunidad como eje transversal dentro del proceso de reconciliación entre víctimas y victimarios, así la impunidad sea negada a diario por el gobierno.

La Ley de Justicia y Paz promueve una nueva forma de castigo que no corresponde con la tradicional concepción de castigo contenida en los procesos de justicia ordinaria; este nuevo castigo alude al castigo ejemplar materializado en la lógica del perdón como principio axiológico emprendido por las víctimas para con los victimarios. Sin embargo, para que sea efectivo el proceso de paz, y como lo asume Arendt se requiere que el perdón generado desde las víctimas, esté acompañado también del carácter necesario de la promesa que debe ser asumida por los victimarios. Desde la lógica Colombiana y su proceso de Justicia y Paz, la falencia recae en tanto que el perdón es dado, pero la promesa por parte de los delincuentes se queda sencillamente bajo la premisa teórica sin que llegue a ser asimilada en el mismo campo práctico puesto que no hay una verdadera convicción personal. Es decir, la correspondencia teórica y práctica de la Ley de Justicia y Paz no es congruente.

Si bien se procura que mediante la Ley de Justicia y Paz en Colombia se logre tanto la reparación a las víctimas como el regreso a la sociedad civil de los miembros que pertenecían a los grupos al margen de la ley, el objetivo hoy en día

está incumpléndose cabalmente ante la imposibilidad de conocer la verdad. Así se establece una verdad a medias ante la carencia de pruebas y la conveniencia de los judicializados que ocultan apartes significativos en medio de su versión libre dentro del proceso.

En síntesis, para que la paz en Colombia sea una realidad se requiere entonces una disposición ética de las partes y una implementación de castigos ejemplares que garanticen realmente, y desde el verdadero marco jurídico, el compromiso de los miembros del conflicto con la consecución de la paz. Así mismo, se asume la necesidad de evitar la intervención extranjera –extradición- en medio de los procesos emprendidos dentro del territorio nacional y la soberanía que se ejerce desde el mismo. Sin embargo, tal disposición ética debe fundamentarse desde las mismas esferas del poder para evitar el ya común problema de la para-política y otros tantos que se están dando actualmente en la nación, bajo los afanes inmediatistas de las encuestas y la popularidad política del actual presidente. Se debe pensar en un bienestar común y no simplemente en los beneficios individuales. Es precisamente desde allí donde se debe emprender un verdadero proceso de paz que recaiga en la permanencia y no en el protagonismo de lo efímero.

Hannah Arendt nos invita a superar la concepción tradicional del mal como algo que cometen hombres-monstruos, y recoger la idea arendtiana de que él es realizado también por hombres normales que al no rebajar el nivel de sus convicciones, bien sean políticas, religiosas, morales o culturales, creen estar haciendo bien cuando en realidad están llevando a cabo el mal radical o absoluto.

Una recta ley transicional de Justicia y Paz debe evitar que el gobierno y los paramilitares pretendan fabricar un tipo de verdad sobre los hechos a su acomodo. De ello depende en gran parte que el proceso de Justicia y Paz cumpla las reglas jurídicas, tanto nacionales como internacionales, en materia de la garantía a los derechos humanos, a la justicia, la verdad, la reparación y no repetición.

De la capacidad que tengamos de caminar por un proceso de búsqueda de la Verdad acorde con la Justicia, depende nuestra posibilidad de realizar la expulsión de nuestra violencia para aclimatar la paz. De la voluntad que tengamos para recordar la historia de esta nefasta violencia en que vivimos, depende que la población colombiana recupere su dignidad e integridad.

5. BIBLIOGRAFÍA

ARENDT, Hannah. (1993) *La condición humana*. Barcelona, Paidós.

_____. (1996) ¿Qué es la Libertad?, en: Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política. Ediciones Península, Barcelona.

_____. (1999) *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid, Taurus.

_____. (2005) *Culpa Organizada y Responsabilidad*. Madrid, Caparros.

_____. (2005) *Heichmann en Jerusalén*. Barcelona, Debolsillo.

_____. (1999) *Entre Amigas. Correspondencia entre Hannah Arendt y Mary McCarthy, 1949 – 1975*. Barcelona, Lumen.

_____. (2002) *La vida del Espíritu*. Buenos Aires, Paidós.

ARRUBLA MARIO y otros. *Revista al Margen. Hannah Arendt pensadora en tiempos de oscuridad*. 2007

BERNSTEIN, Richard. (2007) *¿Son relevantes todavía hoy las reflexiones de Arendt sobre el mal?* Bogotá, Al margen.

CARRANZA, Jorge. (2005) *Fundamentos sobre verdad, justicia y reparación garantía de los derechos de las víctimas*. Bogotá, Leyer.

FUNDACIÓN Ideas para la paz. (2005) *Superando el conflicto. Una agenda para la reconstrucción de la paz*.

NACIONES UNIDAS. (2007) *Informe de la alta comisionada de las naciones unidas para los derechos humanos sobre la situación de los derechos humanos y derecho internacional humanitario en Colombia*.

PRESIDENCIA de la República. (2006) *Proceso de paz con las autodefensas*. Informe Ejecutivo. Oficina del Alto comisionado para la paz.

VALENCIA, Alejandro. (2007) *Derecho internacional humanitario conceptos básicos: infracciones en el conflicto armado colombiano*. Bogotá, Oficina en Colombia del alto comisionado de las Naciones Unidas para los derechos humanos.

_____. (2003) *Seminario Internacional verdad y justicia en procesos de paz o transición a la democracia*. Bogotá, Acabados Gráficos.

YOUNG B. Elizabeth. Hannah Arendt. Edicions Alfons El magnánim.

OBSERVATORIO De Derechos Humanos No 8. (2008) *Campaña juguemos en serio a la paz*. Fundación Cultural Democrática

MEDINA, Medófilo (2003) *Tiempos de Paz*. Alcaldía Mayor de Bogotá

UPRIMNY, Rodrigo y otros. (2006) *¿Justicia transicional sin transición? verdad, justicia y reparación para Colombia*. Bogotá, Centro de estudios de Derecho, Justicia y Sociedad

TEITEL, Ruti. (2003) *Genealogía de la Justicia Transicional*. Publicado en: Harvard Human Rights Journal. Vol. 16. Cambridge.

ARANGO R. Rodolfo (2008) *Derechos Humanos como limite a la Democracia*, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales. Grupo Editorial Norma. Bogotá.

DIEGO, Anabella. Revista al Margen. Hannah Arendt pensadora en tiempos de oscuridad. 2007

PAREDES, Diego. Revista al Margen. Hannah Arendt pensadora en tiempos de oscuridad. 2007

Periódico El Tiempo. ROJAS Jorge Enrique. Presidente de CODHES, *Desplazados y Estado Social de Derecho*. Viernes 3 de Julio de 2009.

ROJAS L, Carmen (2009) *Justicia Restaurativa en el Código de Procedimiento Penal Colombiano*. Ediciones doctrina y Ley Ltda. Bogotá.

OTERO, Alfonso (2008) *Paramilitares, la modernidad que nos tocó*. Edición Ligia Consuelo Cortez Rengifo. Bogotá.

ORJUELA E, Luis (2005) *La sociedad colombiana en los años Noventa: fragmentación, legitimidad y eficiencia*. Ediciones Uniandes. Colombia.

SUÁREZ Aurelio (2008) *¿Inversión Extranjera o producción nacional?*
<http://www.polodemocratico.net/Inversion-Extranjera-o-produccion>

LEAL, Francisco (2008) *¿Reelección De La Seguridad Democrática?*
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2937456>